

La Esfera

ATENEOD
BIBLIOTEC
MADRID

Año I * Núm. 28

Precio: 50 cénts.



Francisco Nieto
1913

Compañía



El Jabón
HENO de PRAVIA
de la Casa Gal
suaviza
las manos.

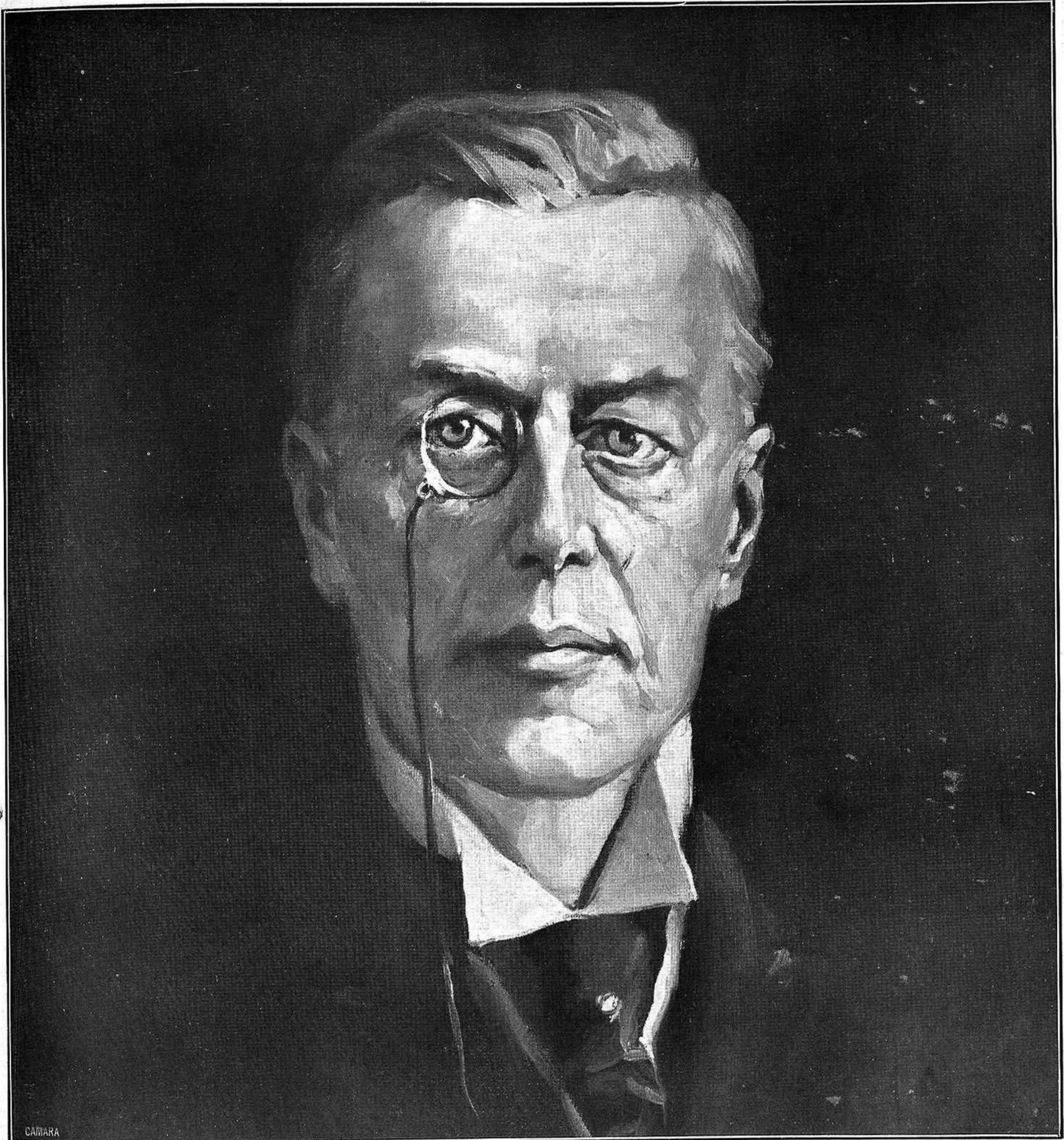
Año I

11 de Julio de 1914

Núm. 28

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEÓ
BIBLIOTEC
M

MR. JOSEPH CHAMBERLAIN

Célebre político inglés que ha fallecido en su residencia de Príncipe Gardens, á la edad de setenta y ocho años, siendo su muerte muy sentida en Inglaterra

DE LA VIDA QUE PASA
LA FIESTA DE LA FLOR EN LONDRES



La Reina Alejandra, de Inglaterra, entregando un donativo á una niña, á cambio de un ramo de flores

LONDRES también ha celebrado la Fiesta de la Flor. También allí, en la miseria sombría y el vicio amargo y brutal de la gran urbe, la tuberculosis hace estragos, y generaciones de niños, raquíticos y hambrientos, forman la legión de los escogidos para morir en los comienzos de la pubertad. ¡También allí!... Nos vamos acostumbrando en España á la idea de que en Europa, en las que llamamos naciones civilizadas, en las capitales que envidiamos y queremos imitar y que frecuentemente citamos como modelos de progreso y espejos de cultura, no hay la misma miseria y los mismos dolores que en nuestras mediocres capitales españolas. Importa mucho que nuestros escritores vayan abandonando este tópico malsano y embustero. En Londres y en París y en Berlín y en Viena, hay mucha más miseria y hambre y bestialidad que en Madrid y en Barcelona. Y además, hay una mayor indiferencia ante las víctimas del dolor y del vicio, como si las gentes creyeran de verdad que esas degradaciones de la carne humana, son un admirable arbitrio del que se vale la Naturaleza para ir realizando la selección de la especie, eliminando á los débiles, enfermizos é ineptos. Es verdad que allí el capitalismo y la industria son más fuertes y evolucionan con mayor rapidez que en las tierras castellanas; es verdad que las leyes sociales, de misericordia para los desposeídos, de reivindicación y de mejoramiento para los postergados, se promulgan con mayor frecuencia y tienen una mayor eficacia que en España; pero eso mismo, no acertando á curar el dolor ni á disminuirlo siquiera, lo hace más áspero, más enconado, más desesperanzado é iracundo.

Pero, en estas negruras de la miseria humana aparecen, alegres y sonrientes, las flores del bien. La reina descende de su trono, las aristócratas salen de sus palacios, y en las calles de la urbe inmensa resuena, durante todo un día, la palabra: «Caridad», repetida por juveniles labios femeninos. Es el día de la batalla contra la tuberculosis. Un fotógrafo sorprende á la Majestad británica en el momento en que se inclina

para recibir una flor de manos de una niña. Si recordais el cuadro de Murillo en que aparece Santa Isabel curando á los leprosos, advertireis que hay una semejanza admirable, forjada por el azar, entre la postura, el ademán y el gesto de la Reina de Hungría en el lienzo inmortal del pintor sevillano y la postura, el ademán y el gesto de la Reina de Inglaterra en esa fotografía. ¡Y sobre todo en la sonrisa que contrae su rostro! Es la expresión de la alegría del bien, que es la verdadera, la única alegría.

Y no hay bien tan grande como el que puede hacerse combatiendo la tuberculosis. Si contaís las víctimas que hace cruelmente, sañudamente, inexorablemente, vereis que no ha habido campo de batalla en el que tantos seres humanos en plena mocedad y vigor, hayan caído en la quietud de la muerte.

Como las pestes que diezmaron Asia y Europa en la Edad Media, la tuberculosis extiende su acción á todas las naciones, á todos los climas y se vale del hambre y de la anemia para apoderarse de la vida de los pobres, y del vicio y la avarosis para vencer á los potentados. Como en la maldición bíblica, su ira va de padres á hijos, generación tras generación, esperando para arrancar la vida la hora más alegre de la mocedad. Es cruel, es inicua, es artera. No bastan contra ella los progresos de la Higiene, saneando las ciudades; no la detienen los aires puros del monte ó de la playa.

Centenares, millares de bacteriólogos y terapéutas, estudian cada día mil medios para llegar á descubrir la profilaxia ó la curación de la terrible enfermedad, y cada nuevo ensayo trae un nuevo desengaño y al atardecer de cada día la Ciencia confiesa su derrota. Por esto, se ha apelado á la Caridad como suprema medicina; á la caridad de todos, para crear sanatorios y dispensarios, para buscar los pretuberculosos en las legiones de niños raquíticos y cloróticos y llevarlos á la montaña ó á la playa, donde sus pulmones se fortalezcan. No basta la Higiene colectiva, no basta el dinero de los presupuestos nacionales, no bastan las leyes sociales que mejoran las condiciones del trabajo y se necesita esa contribución voluntaria de todos, no para vencer á la tuberculosis, sino para defenderse algo de ella, para arrancarle alguna de sus víctimas. Algunas nada más; porque la tuberculosis es la venganza inexorable que toma la Naturaleza contra una civilización que se aleja de ella y busca la felicidad humana por senderos que la alejan de ella.



Una señorita ofreciendo una flor á un centinela de Palacio FOTS. HUGELMANN

DIONISIO PÉREZ

CRÓNICA TEATRAL

BAILES RUSOS EN LA GRAN ÓPERA, DE PARÍS

No hace muchos días, al pasar por París, pregunté:—¿Hay algo interesante de teatro? ¿Qué es lo que se puede ver?—Mis buenos amigos del Barrio Latino estuvieron todos conformes en hablarme con elogio de las representaciones de Shakespeare, en el teatrillo de *Vieux Colombier*, y de los bailes rusos, en la Gran Opera. No había billetes para el *Vieux Colombier*. Era necesario tomarlos con dos y tres días de anticipación, mientras el teatro francés estaba casi vacío todas las noches. Verdad es que la versión de *Macbeth*, hecha por Jean Richepin, en prosa y en verso, y escogida por autores consagrados como Paul Mounet y La Bartet, es peor que mala. Baste saber que *Macbeth*, por exigencias de la rima, «hace saltar la banca», y que, el pobre Richepin, interpreta á Shakespeare en versos por el siguiente estilo:

*Laissez-moi seul,
avec moi même, en tête á tête.*

En *tête á tête* se quedan La Bartet y Paul Mounet, mientras el público llena el *Vieux Colombier* en busca de sensaciones de arte más puro, más juvenil. ¿Cómo resistirse al encanto de la gran ciudad que siempre tiene algo que ofrecer aparte de lo oficial, de lo tradicional? Sin salir de las fortificaciones, París abarca diversos mundos, más que distantes, enemigos. No necesitáis sino elegir.

Alguna vez uno de esos mundos entra de algarada en el otro, y así juzgué yo la campaña de los artistas rusos en la Gran Opera. Como pude ver, esto no ocurre sin resistencias. En París, como en otras partes, nadie se deja invadir su terreno sin poner obstáculos, armar historias, y si puede, preparar zancadillas. En buena ó en mala guerra; según.

Estrenaban *El gallo de oro* de Rimsky-Korsakow. Los precios muy altos como espectáculo de lujo. El teatro lleno. Entran todas las damas con sus graciosas capas de amplio vuelo, que, en cierto modo, halagan nuestro inocente españolismo. Junto á nosotros, en un modesto rincón, muchos rusos y rusas—sobre todo rusas—. El actual cosmopolitismo de la sala se acentuaba con un tono oriental y moscovita; pero conservando ese aspecto burgués y familiar que no pierden nunca los espectáculos de París y que yo—lo confieso—no sé en qué consiste. ¿Será por el primer detalle de pedirnos nuestro nombre al tomar el billete? ¿Será la solicitud de acomodadoras y guardarropas que nos cuidan como si cuidaran su renta? ¿La expresión cordial del público? ¿Los golpes tradicionales antes de alzar el telón? Estas y muchas cosas más.

Ya se ha divulgado bastante, el mérito de los bailes rusos. *Comœdia* hizo un magnífico número extraordinario que se vendía á tres francos, dato que apunto no por hacer reclamo, sino para decir que se puede servir bien á público que paga bien. Ese número, circulado por todas partes, da una pálida idea de la maravillosa presentación de *Le Coq d'Or*, como de *Schéherazade*, *La légende de Joseph* y *Le Rossignol*. Yo pensaba desde que se alzó el telón, en nuestros directores de escena y en nuestros pintores escenógrafos. Verdad es que los rusos revolucionan los teatros de París y que después de verlos es difícil aceptar otras interpretaciones de la ficción en las tablas, ni siquiera interpretaciones realistas, tan bellas como las que han logrado algunas compañías italianas. ¿Es para todos los públicos su arte? Yo no tengo interés en rebajar el nivel de ningún público. Al contrario. Creo que cuando se les da un espectáculo realmente bello, todos los públicos lo admiran ó al menos quedan invadidos de un sentimiento respetuoso muy próximo á la admiración. El de la Opera de París, desde luego aplaudió *Le Coq d'Or* muy sinceramente, á pesar de las extrañas innovaciones que puso al servicio de la obra el director de este complicado mecanismo artístico, Sergio de Diaghilew. Algo raro debía de ocurrir entre bastidores. El efecto del final del último acto, admirable página de música y de color escénico,



M. Fokine, director de los bailes rusos,
y Mme. Vera Fokina

lo mataron desde dentro de una manera sospechosa, echando el telón antes de tiempo. El espectador quedaba desorientado. Volvió á subir el telón, sorprendiendo en escena á gentes de blusa y de frac. Ya era difícil arreglar ese mal efecto en noche de estreno y acabó la obra sin el entusiasmo de los dos primeros actos. Al día siguiente, los periódicos ni una palabra de *Le Coq d'Or*. Podía ser por premura ó falta de espacio, pero los de la tarde: *Le Temps*, *Le Journal des Debats*, *La Patrie*, *La Presse*, tampoco decían nada. En esto creí notar la resistencia de lo viejo á aceptar novedades demasiado libres, y sobre todo, la hostilidad del ambiente naciona-



MME. THAMAR KARSAVINA
Primera figura de la compañía de bailes rusos

lista, absolutamente francés, de los teatros oficiales, hacia las tentativas revolucionarias de artistas extranjeros. Luego, cuando los periódicos hablaron, por fin, se quejaban de que la dirección no había invitado á la crítica para que asistiera á los estrenos. Sin duda, los rusos, admirables músicos, extraordinarios escenógrafos, cantantes y bailarines realmente geniales, no habían sabido maniobrar con habilidad, y son malos gestores fuera del teatro. O prefirieron arrosarlo todo con la misma audacia que ponen en renovar los diversos elementos estéticos del arte teatral.

Sea como sea, aun con las reservas de la crítica, París se les entregó en absoluto. Era justo el triunfo. Los rusos saben ganarlo. Véase la cantidad y calidad de arte que acumulaban en *El gallo de oro*. Partiendo de un cuento de Pouchkine, el libretista había dado á Rimsky Korsakow un poema lindísimo de humor, delicadeza é ironía. Fué la última obra de este músico genial, á juicio de muchos, muy superior á Strauss.

Y según han podido apreciar los aficionados madrileños, lleno de inspiración, de sabiduría y originalidad. Las decoraciones y los trajes eran, según la prensa, de una pintora futurista rusa: Natalia Soutcharova. Bailan la deliciosa Karsavina, Fokine y la Vera Fokina. Claro es que anuncios y nombres nada dicen.

Pero mi impresión—que no es crítica, ni puede serlo—fué mucho más honda de lo que me prometían esos nombres con prometer mucho. Del primero al último acto, tenía el escenario, una á la derecha y otra á la izquierda, dos gradas estrechas que iban desde las candelillas hasta las bambalinas. Un concilio de figuras inmóviles vestidas de rojo llenaba las dos gradas; eran todos los cantantes, partes y coro. Entre las dos bandas rojas aparecía la escena con mayor intensidad de luz y el palacio del rey Dodon—palacio de cuento infantil—, nos deslumbraba como si fuera un sueño alegre y luminoso de nuestra primera edad. ¡Lástima que no haya espacio en esta crónica para contaros el cuento de este rey holgazán, protegido por un astrólogo y vencido por los encantos de una reina amazona! El cuento de Pouchkine es en la opera de Rimsky-Korsakow más fantástico, más irreal y los extraordinarios bailarines que «miman» el papel cantado por otro artista, acentúan la nota ingenua, bufa y popular. Pero si el libro y la música tienen la compleja y exquisita fragancia de una obra al mismo tiempo ingenua y sabia—la obra de un espíritu niño, dominador absoluto de la técnica—, no llegaría á maravillarnos tanto sin las decoraciones y los trajes. ¿Cómo son? Valdría la pena de hablar despacio de ellos. Los colores vivos, vibrantes con la más primitiva pureza, lucen en los trajes populares rusos como una embriaguez de luz y de fantasía. Reyes, pueblos y paisajes de leyenda, están interpretados graciosamente. La Luna, de perfil, guiña un ojo al astrólogo. El rayo rojo de una estrella va á dar en la hoja de las espadas y muestra los cuerpos de las víctimas en el campo de batalla. La tienda de campaña de la reina de Oriente surge por escotillón, en medio de la noche, para evocar las fantasmagóricas sorpresas del alba; cuando el viejo Dodon se va á la guerra, como Mambrú, monta un enorme caballo de cartón, y cuando muere, sus servidores y sus doncellas le lloran, tendidos en el suelo, gimiendo como niños.

Este es—si juzgo por mi emoción—el momento más feliz de la ópera. Y este fué, precisamente, el que eligieron para echar el telón, en venganza, sin duda, de tanta tradición herida y de tan audaces faltas de respeto á las costumbres de bastidores.

Lo cual no obsta para que París siga siendo la ciudad generosa y hospitalaria, como se demuestra por el hecho de que *El gallo de oro*, de apariencia infantil, de fondo revolucionario, puede hacerse en París, pero está prohibido en toda Rusia.

Luis BELLO

FIESTA POÉTICA EN SEGOVIA



La presidenta de la fiesta de la Poesía celebrada en Segovia, Srta. Angelina Contreras, rodeada de su corte de honor, constituida por las Srtas. María Zúñiga, Carmen Cáceres, María Martín García, Maruja Galán, Socorro Ureta y Micaela Carranza.

Por iniciativa de un espíritu delicado y culto, por el entusiasmo decidido de un enamorado de la belleza y del arte, por feliz empeño de D. Segundo Gila, noblemente secundado por el alcalde de Segovia, se ha celebrado hace pocos días en esa histórica ciudad una fiesta solemne, de gratísimo recuerdo: la Fiesta de la Poesía.

El escenario del Teatro Miñón, ornado artísticamente, ofrecía un aspecto delicioso, atractivo, que produjo en los espectadores una intensa é inolvidable emoción estética. Bajo un precioso dosel, aparecieron colocadas la Reina de la Fiesta y su corte de amor, espléndidas de hermosura, felices y sonrientes, acariciadas por el perfume de las flores que rendían un tributo á la juventud y á la belleza. Fué elegida como Reina la encantadora señorita segoviana Angelina Contreras y López de Ayala, y constituyeron su corte las no menos encantadoras señoritas de Ureta, Carranza, Galán, Zúñiga, Martín García y Cáceres. Todas vistieron el típi-



SRTA. ANGELINA CONTRERAS
Presidenta de la fiesta de la Poesía celebrada en el Teatro Miñón, de Segovia
FOTS. TREVIÑO

co traje de alcaldesas segovianas, que servía de valioso complemento á los naturales atractivos de tan adorables criaturas.

En la Fiesta de la Poesía y por encargo del alcalde, proclamó las excelencias de aquella solemnidad, el notable escritor señor Gila, que fué sincera y calurosamente aclamado por la escogida concurrencia.

El inspirado poeta Juan José Llovet, autor de la composición premiada, la magnífica poesía que titula «La Ciudad de mis sueños», alcanzó un triunfo indiscutible, grande y merecido, como autor y como lector. También tomaron parte, prestando brillantez al acto, el popular vate José Rodao, el P. Moreno, y los Sres. Quintanilla, Zamarrigo, Contreras y Cáceres.

A los dulces acordes de la Marcha Real y conducidas de la mano de los poetas, la Reina de la Fiesta y su Corte descendieron de la escena y recorrieron la sala entre las más vivas y cariñosas aclamaciones. Este triunfo era la debida y amable glorificación á tanta belleza...



ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
ANSELMO MIGUEL NIETO



CÁMARA

Un gran rebelde coronado en plena juventud por el más grato de los éxitos. Es el pintor de las elegancias y de los bellos acordes. Acaso el título que más le agrade y el que de más plástica manera resume su arte admirable, es el de «pintor de las mujeres». Esto es antes que nada y á pintar lindos rostros, cuerpos armónicos bien vestidos, manos finas ricamente enjoyadas y jardines, parques ó salas señoriales como fondos de tales femeninas bellezas, ha consagrado toda su vida, tan corta aún y ya tan gloriosa. Anselmo Miguel

Nieto es castellano. Nació en Valladolid el año 1881. La importancia de su arte no responde á los premios oficiales. Es acaso más pura. Desde 1906 no concurre á ninguna Exposición Nacional. En ésta le otorgaron una tercera medalla. Otra tercera medalla obtuvo en la Exposición anterior de 1904. Tiene además grandes medallas de oro en las Internacionales de Buenos Aires (1910) y de Barcelona (1911). Como se vé es un activo glorioso, conquistado bravamente, bizarramente, por el preclaro artista.

TENEOD
BIBLIOTECA
15

LOS MAESTROS JÓVENES
ANSELMO MIGUEL NIETO Y SU ARTE



El ilustre pintor Anselmo Miguel Nieto en su estudio

FOT. CAMPÚA

CONFORME avanzamos en estos paseos á lo largo del arte español contemporáneo, se va tornando más agradable y fácil nuestra tarea. En los tránsitos de sombra á luz, de senderos angostos á caminos amplios, y de unas estéticas limitadas ó empobrecidas á otras que supieron hallar el secreto de personalidades propias á través de ajenas renovaciones, fuerza es reconocer que llegamos al periodo más luminoso y espléndido.

Tantas veces lo hemos repetido que sentimos casi el pudor de hacerlo ahora: los artistas españoles resurgen en un renacimiento magnífico. Acaso no haya otra nación capaz de sostener gallardamente la competencia de sus pintores y de sus escultores frente á la nuestra. Nunca se han manifestado de modos tan rotundos, aislados y distintamente definidos, los temperamentos, tendencias y credos estéticos. Y sin embargo, practicando los jóvenes maestros sus diferentes conceptos de la belleza, forman con sus obras una total armonía. Fijáos que digo jóvenes maestros.

Porque sería absurdo sostener lo contrario. El renacimiento artístico, como el renacimiento literario de España, se debe á los jóvenes, es decir, á los artistas, á los escritores que aún no cumplieron cincuenta años ó que ya empiezan á pisar el umbral de los treinta.

Anselmo Miguel Nieto está

comprendido, claro es, dentro de ese grupo de admirables renovadores. Su puesto es uno de los más altos y su historia una de las más simpáticas.

No ha cumplido todavía treinta y tres años, no ha intrigado en torno de Jurados y Tribunales,

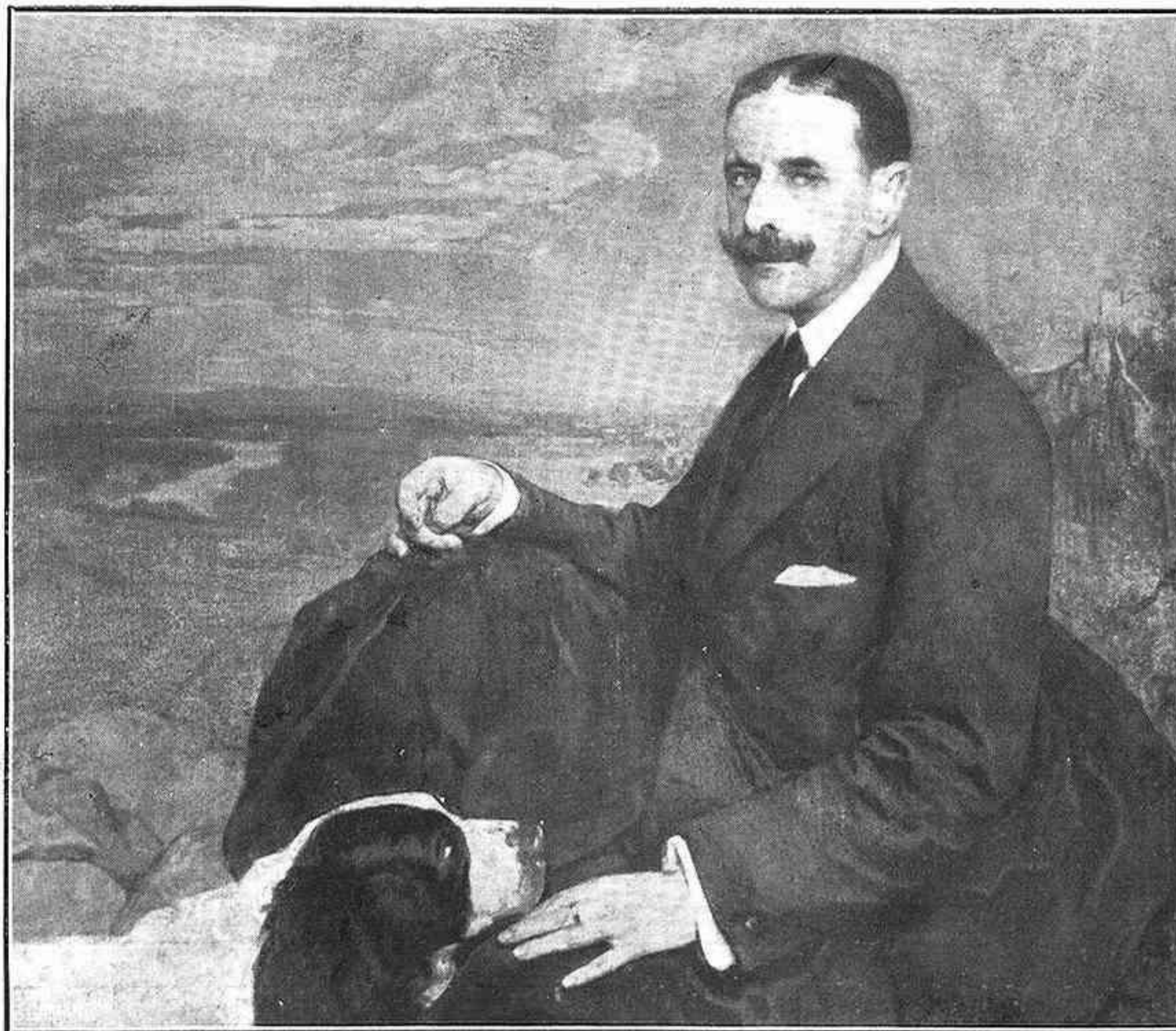
no ha querido—una vez ya encontrado el sendero de su propia personalidad—concurrir á Exposiciones, y en un país donde aparentemente, al menos, toda manifestación estética ha de estar supeditada á las consagraciones oficiales, este gran pintor ha logrado imponer su nombre, de espaldas á esas consagraciones.

Es un ejemplo... no exento de peligros, sin embargo. Hace falta estar dotado de las condiciones técnicas, de sensibilidad y de cultura que está dotado Anselmo Miguel Nieto para seguir ese ejemplo.

Representa, además, su triunfo el fracaso de los maestros. Veréis que en los catálogos, Anselmo Miguel Nieto no hace constar de quién ni en dónde aprendió á manejar los pinceles, á mezclar los colores y á ver el natural. Se ha formado á sí mismo, en una prometedora lucha de muchos días crueles que le arrugaron con prematuros pliegues de amargura la ancha frente y le pusieron en la boca un rictus de desdenosa altivez.

Marchó á París hace doce ó trece años. Expuso por primera vez en la Nacional de 1904. Aquel cuadro titulado *El café* se conoció enseguida por el título de *La hora verde* y escandalizó un poco á la gente...

Era—sin ser—el impresionismo que llegaba á España, bastante retrasado. En diez años nuestro arte ha dado gigantescas zancadas. Entonces *El café*, como el otro cua-



Retrato del duque de Tarifa, por A. Miguel Nieto

dro de la Exposición siguiente, *Salida de un Music Hall en París*, parecían demasiado arbitrarios y se discutieron con exagerados ditirambos y enconados reproches.

Acaso no merecían una cosa ni otra. Anselmo Miguel Nieto mismo los ha olvidado ya. Si alguien los recuerda se entristece seguramente. No son más que un recuerdo sentimental; el lejano sotabanco de Montmartre, donde fueron pintados, las noches sin lumbre, los días en que toda su juventud sufría de todas las hambres...

Si Anselmo Miguel Nieto hubiera seguido aquel arte insincero, influenciado, donde se disimulaban con audacias coloristas la falta de muchas cosas indispensables á un pintor, no escribiríamos ahora este elogio. Si hubiera seguido exponiendo cuadros y alternando en combinaciones más ó menos lícitas con sus compañeros anteriores á él, tal vez sí estaríamos escribiendo el artículo. Pero de otro modo. No con la cordialidad, con la serena admiración que en nosotros sabe despertar el arte luminoso, exquisito, depuradísimo del joven maestro.

Después de las luchas de París vinieron las de Madrid. No menos dolorosas, no menos terribles, no menos inconfesables, incluso ahora que está en el puesto de honor donde debe estar.

Sólo él y alguno de sus escasos amigos íntimos podía decir hasta qué punto ha tenido que sufrir este hombre, para no rendirse; su vida no ha sido muy envidiable. Quizá los mejores momentos de ella fueran las veladas en el Café de Levante, de la calle del Ar. nal. Aquel cenáculo de artistas—muchos de ellos ilustres hoy—fortificaba sus rebeldías, cicatrizaba sus heridas, le aupaba la voluntad. Allí tenía por compañeros de mesa al gran acuafortista Baroja, á Valle-Inclán, á Romero de Torres, á Benavente, algunas veces.

Imaginad hasta qué punto trabajaría este hombre para conseguir, con sus únicas fuerzas, sin más aliados que sus méritos, renovarse primero



Retrato de la Srta. Luisa S. Valiente, por A. Miguel Nieto

en el sentido de una pintura equilibrada y ricamente decorativa, y lograr, después, retratar á damas aristocráticas.

Por eso la exposición de cuadros de Anselmo Miguel Nieto, el año 1912 en *La Tribuna* fué una revelación.

Era la aparición de un gran pintor, ya formado y definido, la demostración admirable de cómo se pueden pintar telas, joyas y carnes de mujer sin adulaciones ni amanerados falseamientos.

Antes habían sido obras aisladas, fugaces atisbos, promesas admirabilísimas como el cuadro *La danza*, presentado fuera de concurso, y sin terminar, en la Nacional de 1910.

Ahora ya era un conjunto de cuadros donde podía estudiarse en toda su integridad la obra de un gran colorista y de un maravilloso retratista.

Hay en los lienzos de Anselmo Miguel Nieto una sutil alianza de españolismos é italianismos—del italianismo magnífico de los venecianos—. Ajustándose al natural, interpretando fielmente los modelos, sabe además envolver de alma sus cuadros. Extrañas y dulcísimas melodías surgen de los sabios acordes decorativos. Busca las dificultades técnicas, por el placer de resolverlas, con una sencillez inexplicable. Trata el color con la inspiración de un músico y el sentido del ritmo de un poeta. Los fondos de sus retratos de mujer son comentarios sentimentales del modelo retratado.

Actualmente Anselmo Miguel Nieto trabaja en los lienzos que habrá de enviar al salón de Otoño de París. A él y á Romero de Torres les reservarán dos salas. Como véis, esta vez el Destino tiene un bello ademán. Atrae hacia París, ya en pleno triunfo, al mozo de otro tiempo, aquel mozo del sotabanco de Montmartre que pintaba de memoria las cocotas, inaccesibles para él...

La ciudad fantacular ya no le será tan huraña. Toda la riqueza de sus cuadros le precede como un cortejo principesco. Es el desquite.—SILVIO LAGO

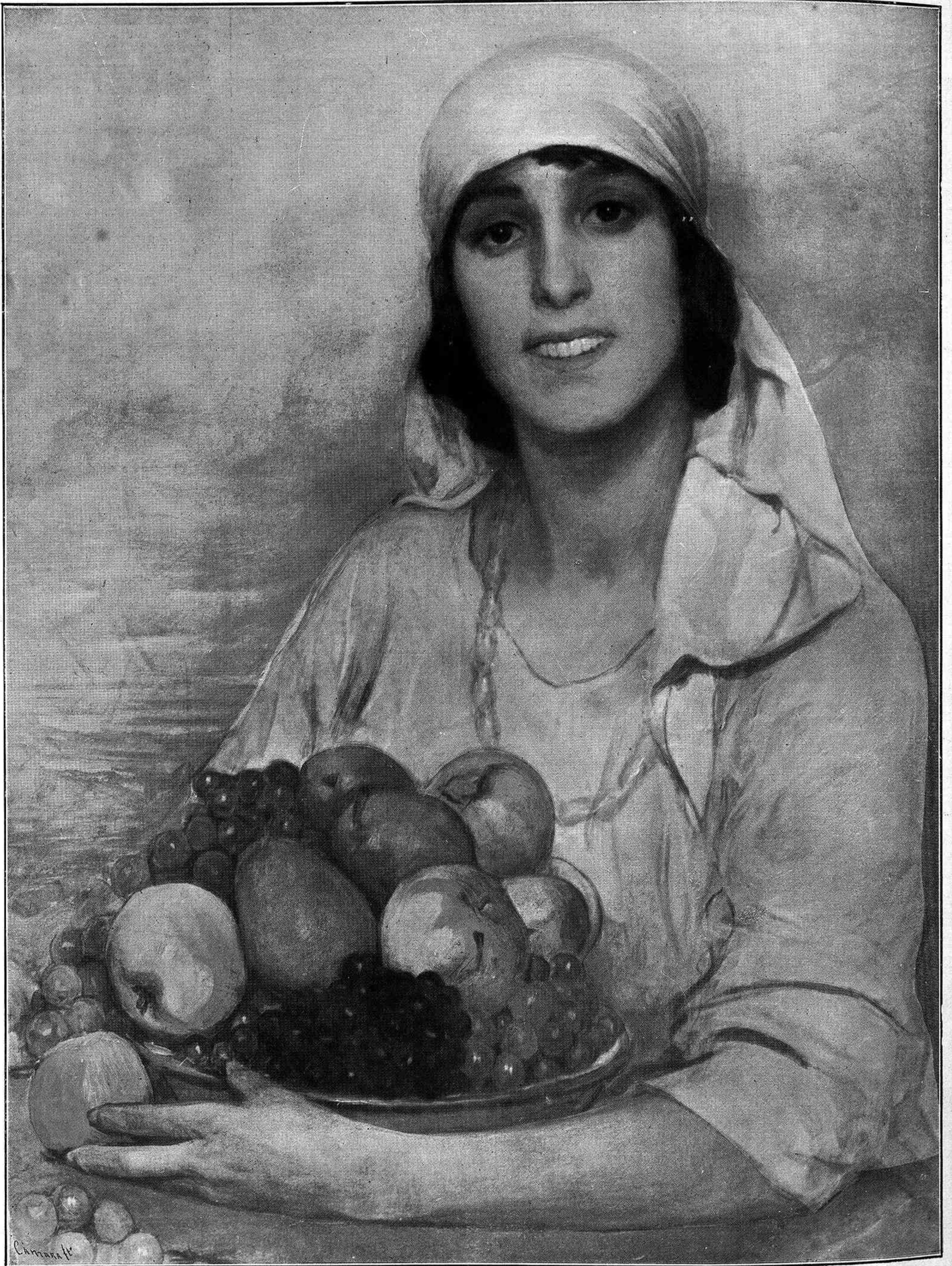


La bailarina italiana Rita Sachetto, y otro retrato de Anselmo Miguel Nieto



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



ESTUDIO, por Anselmo Miguel Nieto

LO QUE FUÉ
FIESTAS DE ANTAÑO
DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO

A leer los relatos de las fiestas aristocráticas con que Madrid ha despedido á la Primavera en el presente año, recuerdo aquel de 1877, en que hubo también muchos y animadísimo saraos.

Don Alfonso XII abrió las puertas del alcázar, reanudando las brillantes reuniones interrumpidas por la Revolución en 1868, y con ello lucieron otra vez en la corte española el fausto y la grandeza de otros tiempos, demostrando, evidentemente, que la restauración sentíase fuerte y animosa. En el palacio de la condesa de Superunda hubo también un baile, del que se habló en Madrid varios días antes de verificarse y muchos después de celebrado.

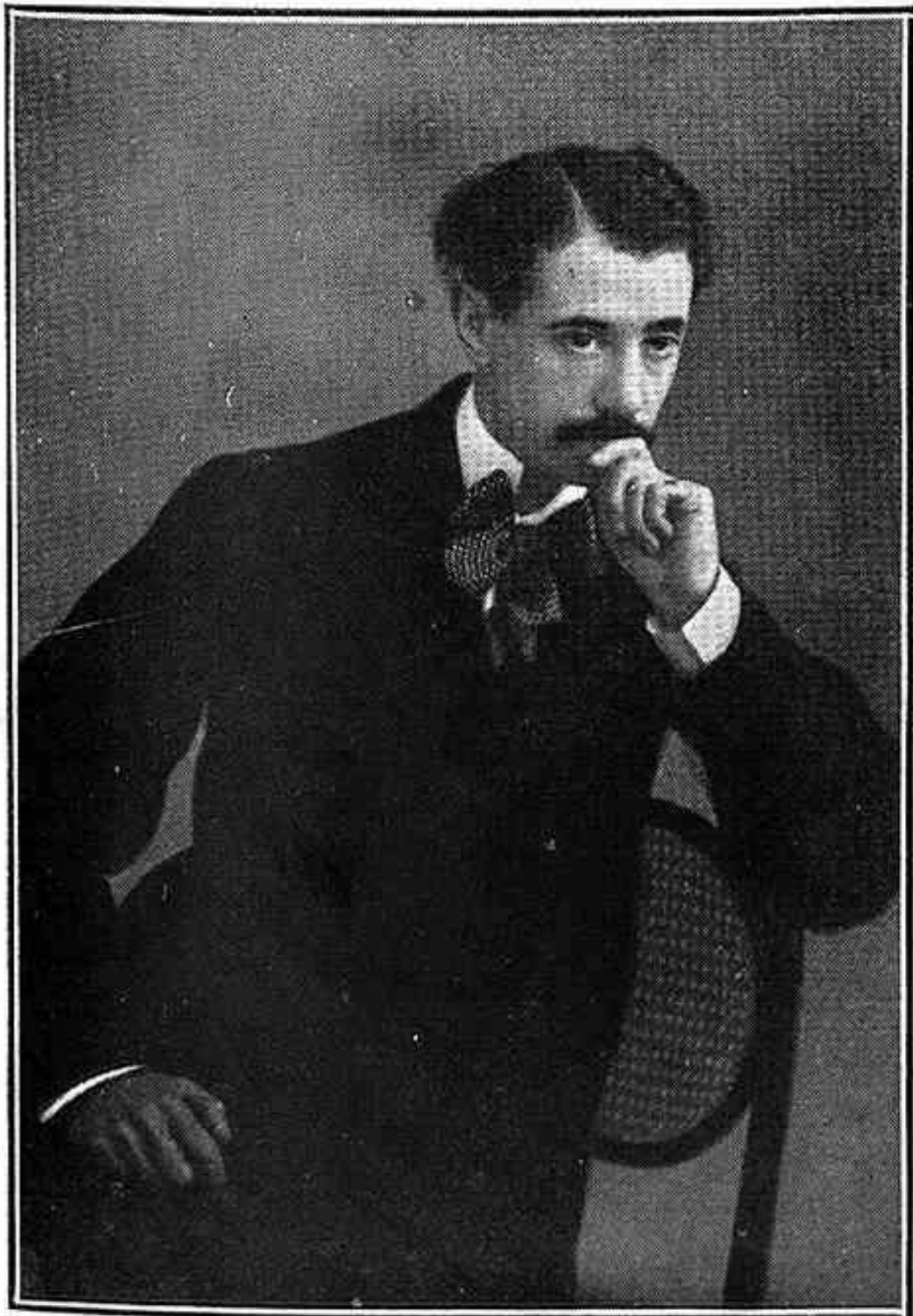
Pero la fiesta que se calificó de maravillosa fué la del duque de Fernán-Núñez, en el soberbio palacio de Cervellón.

El rey, la entonces princesa de Asturias, hoy nuestra admiradísima infanta Doña Isabel, y lo más selecto de la sociedad madrileña, acudieron á la morada del insigne prócer, que era gran señor y hombre popular, todo en una pieza, y para bien de los encumbrados y de los humildes. Ostentáronse en el baile trajes valiosísimos y de rigurosa fidelidad histórica, y, durante mucho tiempo después de celebrada la fiesta, el público agolpábase en el portal de la casa, donde Debas tuvo una fotografía para ver las de damas y caballeros engalanados con soberbios disfraces, evocadores de personajes famosos de la historia. En la redacción de yo contar las impresiones de aquel baile al ilustre Lunático, un cronista de la época, escritor de talento excepcional que, si viviera hoy, seguiría siendo periodista modernísimo, gala y prez de nuestra ingrata profesión.

D. Isidoro Fernández Flores, que es á quien me refiero, después de haber reflejado en las columnas de *El Imparcial* los detalles más salientes de la fiesta, nos dió curiosísimos pormenores de ella, de su gusto exquisito, de su visualidad imponderable, de su positiva grandeza...

¡Cuántos comentarios se hicieron del baile de Fernán Núñez, y eso que la temporada en que se dió fué animadísima para la política y para las letras, por lo que había materia abundante para entretener á desocupados y murmuradores!

En la política los moderados arreciaron en su enemiga contra Cánovas, por suponerlo más apegado al liberalismo que á las inclinaciones tradicionales de la Monarquía. Cánovas, siempre dueño de sí mismo, fuerte en su injustificado orgullo, dejaba que se desprendiese del tronco de su partido la rama seca de los hombres que aún pensaban en la unidad religiosa y



"El Lunático".—D. Isidoro Fernández Flores en 1878

en el poderío del Rey sólo por la gracia de Dios. Los moderados tenían 112 diputados, que reuníanse en la casa del conde de Cheste, el famoso general, que á la vez era literato y traducía á los grandes escritores italianos. Los tes de Cheste daban pie para maliciosos comentarios políticos y, más de una vez, anduve yo en busca de los invitados por Cheste para averiguar qué planes tenían los conjurados contra el jefe del Gobierno.

Frente á los tes de Cheste, estaban los de Martos, que servían de cita á los elementos de la Democracia, mal hallada con el régimen instaurado en 1875, y sobre todo, con los procedimientos dictatoriales de Cánovas del Castillo.

Las suspicacias del Gobierno eran entonces tan vivas que, Romero Robledo, sintióse un poco alarmado por ciertas alusiones lanzadas en el Ateneo al hablar del constitucionalismo en Inglaterra. Los periódicos no podían pronunciar ni escribir la palabra *República*; habían sido despojados de sus cátedras maestros ilustres, y Ruiz Zorrilla apercebíase en París para luchar contra la dinastía de Borbón y contra sus mantenedores.

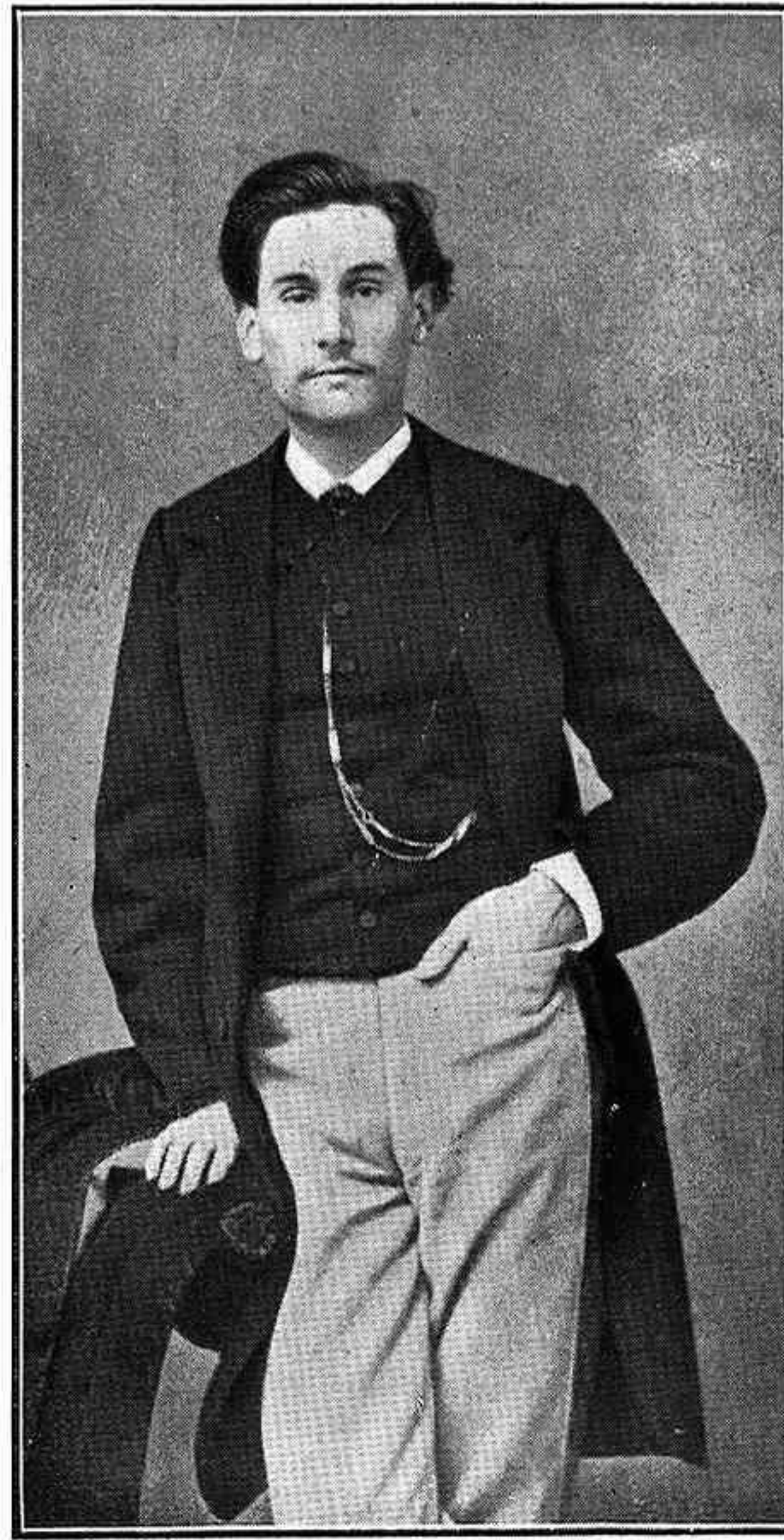
A pesar de estas agitaciones de la política, se advertía en España innegable renacimiento, y de la propia suerte que la aristocracia menudeaba sus fiestas, las clases medias y popular procurábanse solaz y esparcimiento.

Tuvo entonces verdadero auge la afición á los toros y, cuantos la sentían, apasionábanse en disputas por si *Lagartijo* era ó no mejor diestro que *Frascuélo*. Por cierto que produjo verdadero escándalo saber que Salvador pedía por torrear nada menos que 11.000 reales en cada tarde, lo que despreciaría hoy cualquier insignificante novillero en la más ruín de las plazas.

Las letras tuvieron aquel año de 1877 muchas alegrías. Hubo entonces un Casino de la Prensa, donde asistimos á inolvidables solemnidades. Allí leyó muchos versos Zorrilla, que además de altísimo poeta, era un declamador extraordinario que fascinaba á los auditorios con su incomparable canturía; allí Fernández y González dió á conocer fragmentos de su *Nerón* que, si la memoria no me es infiel, quedó inédito; allí Campoamor entregó á la publicidad *La lira rota*, hermoso poema leído por su autor con la simpática socarronería característica del insigne maestro. Por cierto que, en aquellos días, tuve yo que acercarme á D. Ramón, que dirigía la Sanidad y la Beneficencia, para pedirle algo relacionado con su departamento ministerial. Con todo respeto, y un tanto emocionado, empecé hablándole del último de sus poemas, leído en el Casino de la Prensa, y ya no hubo manera de que pudiese decirle nada acerca de mi asunto. Cuando al final de la entrevista le insinué mi demanda, relativa al Hospital de la Princesa, me contestó:— Pero ¿tengo yo algo que ver con ese hospital?...

En aquel periodo apareció en las librerías *Gloria*, la hermosa novela del gran Galdós. El efecto que produjo la obra fué formidable. Los periódicos no hablaban entonces de libros. En esto como en otras muchas cosas, la prensa ha progresado extraordinariamente, y á pesar de que los diarios populares no dedicaron á *Gloria* sino simples noticias, la novela obtuvo una acogida excepcionalmente entusiástica. El problema planteado por el insigne escritor, la pintura de caracteres y situaciones, nunca más oportuna que en aquella época, influían para que en todas las conversaciones, no ya de literatos, sino de políticos, fuese tema predilecto y continuo el de la novela de Galdós, quien después de muchos tomos de *Episodios Nacionales* y de libros tan dignos de aplauso fervoroso como *El Audaz*, *La fontana de oro*, y sobre todo *Doña Perfecta* empezaba á disfrutar con *Gloria* de una singular fama no quebrantada sino engrandecida con el andar de los años y las vicisitudes de una existencia tan admirable como trabajosa.

Recuerdo que en el Ateneo, en las redacciones de los periódicos, en los saloncillos de los teatros, en las Academias y en las reuniones de intelectuales, se comentaba y se discutía con calor acerca del argumento, tendencias y forma litera-



D. Benito Pérez Galdós en su mocedad

ria del libro de D. Benito, libro que fué como una reclamación de libertad de conciencia hecha cuando hasta la tolerancia se regateaba...

Por cierto que tuve una disputa bastante agria con un compañero de *La Unión Católica*, que dijo pestes de *Gloria*. En eso habíamos de entretenernos los pocos que íbamos al salón de Conferencias, porque entonces, para entrar al referido salón hacían falta más requisitos que para penetrar en cualquier sagrado recinto. En la tribuna, sólo tenían acceso los periodistas que escribían las crónicas parlamentarias y al salón de Conferencias, no llegaban sino los poseedores de pases, avaramente repartidos, como si fuesen pan bendito.

Claro que hablar de *Gloria* y de asuntos literarios era consolador; en cambio fué lo triste del caso que en aquella primavera se habló más que nada de una grave cogida que sufrió *Frascuélo*. El famoso espada estuvo á punto de sucumbir en las astas del toro y se pasó luego varios días entre la vida y la muerte. Durante el periodo en que los partes facultativos anunciaban la inminente gravedad del diestro, á la calle de Jacometrezo, donde tenía su morada, acudieron por miles las personas, ávidas de noticias. Había cola en el portal para firmar las listas, y desde los más empingorotados personajes, hasta los más humildes, todos estuvieron pendientes del estado de *Frascuélo*, que al fin sanó, para volver entre aclamaciones estruendosas á los arriesgados lances de su oficio.

La cogida del negro, como se llamaba á *Frascuélo*, compartió la atención pública con la embajada de Birmania, que fué nuestro encanto durante breve temporada. Recuerdo también, que por el telégrafo, llegó hasta Madrid una noticia que dió motivos á vivos comentarios y tal cual sabroso artículo. Nuestra compatriota Adelina Pati, casada con el Marqués de Caux, decidió abandonar á su marido, para caer en los brazos de Nicolini. El hecho, ocurrido en Petersburgo, fué la comidilla de Europa y muy especialmente de Madrid, en donde nació, como es sabido, la gran artista, y donde era necesario desahogar de algún modo, los ímpetus de la murmuración, ya que entonces hablar de política é incurrir en censuras contra el Gobierno tenía sus peligros. Caí en alguno indirectamente. Suspendieron durante quince días el periódico de que yo era gacetillero y el sueldo de aquellas dos semanas, voló para siempre. Sólo pudo consolarme la idea de que al orden público le convenía mucho que se mermase mi soldada.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

ATENEO
BIBLIOTECA
MAY 10

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



SRTA. CARMEN CABEZA DE VACA Y CARVAJAL
Hija de los Marqueses de Portago POT. KAULAK

En la sociedad madrileña es la encantadora Carmen de Portago una de las muchachas más populares y que gozan de más simpatías, porque une á su belleza una ingenuidad encantadora. En un cuerpo de mujercita adorable, alta, esbelta, elegante, distinguida, vibra un alma de niña que parece desconocer la coquetería. ¿Será cierto que ignora que es muy bella? Aficionadísima á los deportes, es una jugadora formidable de *tennis*, que en La Granja y en el Club de la Puerta de Hierro llamó la atención por su agilidad.

PAGINAS POÉTICAS



LOS ESTUDIANTES

Los estudiantes pasan cantando
por las esquinas.
Ríen y ríen y van pasando
por tristes lares,
por nobles ruinas,
que alegran siempre con sus cantares
las bulliciosas estudiantinas.

Pasan mozelos barbilampiños
—apenas nombres, apenas niños—,
pasan galanes con sus mostachos,
tan desenvueltos y vivarachos,
que se confunden, en su alegría,
con los muchachos.

Son caballeros,
son reñidores,
y, blasonando de su hidalguía,
jamás disputan por sus dineros,
pero se matan por sus amores.

Llevan al cinto nobles espadas,
rico legado de sus abuelos,
que las blandieron en las Cruzadas
por otras tierras, bajo otros cielos.

Llevan dispuestas flores galantes
en sus fogosos labios de grana,
para las bellas, que en su ventana
ven cómo cruzan los estudiantes.

Y no desdennan las aventuras,
porque celebran sus travesuras
las buenas gentes con risa franca,
y las pregonan los romanceros
por las plazuelas de Salamanca.

Estos que rondan por las esquinas,
como bandadas de mariposas,
son de una raza de grandes hombres.
Van á las aulas—aulas famosas
por salmantinas—
buscando lauros para sus nombres.

Este ha soñado con los laureles
de D. Juan de Austria batiendo infieles,
y presuroso va á licenciado...,
pero se queda luego en soldado.

Aquél conoce la ilustre historia
de los maestros de la oratoria.
Tras luengos cursos
de la más clásica lengua latina,
busca á algún émulo de Catilina
para aplastarlo con sus discursos.
Quién, envidioso del rey de reyes,
Alfonso el Sabio, propone leyes.
Tal es bucólico y hacia el Parnaso
sigue las huellas de Garcilaso.
Quién al tablado lleva á la gente
como Quiñones de Benavente.
Cuál es filósofo que desentraña
la fe propuesta de antiguo credo...
Y todos juntos, con su denuedo,
son los que deben salvar á España.

¡Noches que vienen á mi memoria,
entre la bruma,
de las leyendas y de la historia!
¡Noches, oh, noches de luna blanca!
¡Poema famoso de Salamanca,
bien deseado para mi pluma!

¡Poema compuesto
por los galanes,
con pensamientos que no coplaron
de las Pandectas ni del Digesto,
que la poesía se la inspiraron
las bellas damas de sus afanes,
y no los libros legisladores,
siempre enemigos de trovadores!

¡Noches, oh, noches claras de luna!
¡Cuántas canciones las que en el aire

son mensajeras de su fortuna!

¡Cuánto donaire
brota en los labios de los poetas,
bravos donceles,
que se acompañan con panderetas
de cascabeles!

¡Cuántos suspiros tras de las rejas,
de pechos nobles y virginales!
Y ellos, en tanto, por las callejas,
¡cómo se matan con sus rivales!

Así caminan á todas partes
los bachilleres,
doctos en ciencias, sabios en artes
y afortunados con las mujeres.

ooo

¡Vayan marchando
las juveniles estudiantinas!
Sigán cruzando
por las esquinas.

Mientan amores bajo las rejas
de las hermosas.
Cruzen y crucen por las callejas
tan bulliciosas,
mientras, siguiendo sus correrías
con raudos giros,
van cien canciones y mil suspiros
de simpatía.

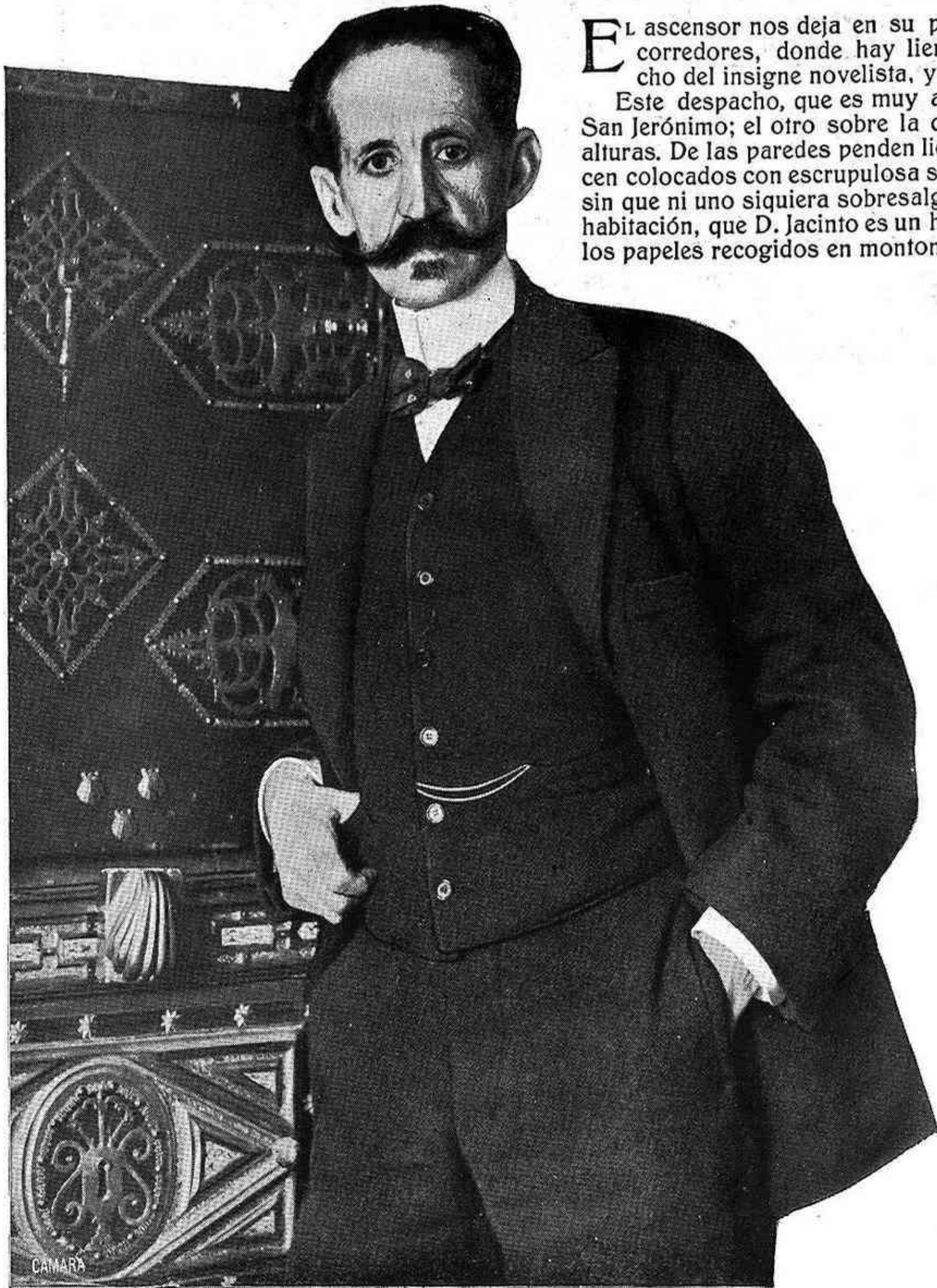
Corran la senda de la aventura,
como les dicte su pensamiento.
Rindan á todos con su contento,
con su optimismo, con su locura...

¡Siempre galantes,
rondando en noches de luna blanca,
pasen cantando los estudiantes
por las callejas de Salamanca!

FEDERICO ROMERO

ATEN
BIBLIOT
* MADRID

NUESTRAS VISITAS
JACINTO OCTAVIO PICÓN



D. JACINTO OCTAVIO PICÓN

El ascensor nos deja en su piso. Una mujer de edad nos abre la puerta y, pasando por unos corredores, donde hay lienzos, tapices, plantas y muebles antiguos, llegamos al despacho del insigne novelista, y allí esperamos su presencia.

Este despacho, que es muy amplio, tiene dos balcones; uno viene á caer sobre la Carrera de San Jerónimo; el otro sobre la calle de Fernánflor. Por los dos penetra la luz clara, la luz de las alturas. De las paredes penden lienzos de Sorolla y de Sala. En los estantes, los volúmenes aparecen colocados con escrupulosa simetría y lujosamente encuadrados. Se enfilan todos los lomos, sin que ni uno siquiera sobresalga un milímetro más que los otros. Hemos de pensar, viendo esta habitación, que D. Jacinto es un hombre exquisitamente ordenado... Sobre su mesa aparecen todos los papeles recogidos en montoncitos... Ni una sola cuartilla se ha escurrido de la cartera ó de los pisapapeles. El cronista siente una verdadera admiración por este hombre, que está pendiente de la tiranía del orden.

Y llegó D. Jacinto Octavio Picón, acompañado de su hijo, nuestro predilecto amigo el diputado idóneo D. Jacinto Felipe. Durante unos minutos, todo son obligadas galanterías y recíprocas palabras halagüeñas. Los minutos que en todas las presentaciones se emplean para pulsar el espíritu del interlocutor. Durante ellos formamos en nuestra mente el juicio que nos merece el presentado. «Este hombre es antipático, pero listo» — pensamos prevenidos—. O «Este señor es un buen hombre. Y yo que creía...» Y ocurre muchas veces que, hombres que fueron ídolos para nosotros, que los veníamos admirando con exaltación desde la niñez, cuando los tratamos al correr del tiempo, al cruzar con ellos las primeras palabras, todo el pedestal de admiración que en nuestro espíritu levantaron sus libros, se derrumba... ¡Y qué decepción tan amarga!... Yo recuerdo, lectores míos, que el día que me presentaron á Núñez de Arce me ocurrió algo así y, cuando salí de su casa, me ahogaba la amargura y lloré!

D. Jacinto Octavio Picón es un hombre menudo, seco y nervioso. La mirada escrutadora de sus ojos azules inquieta un poco. Es verdad que yo me prevengo siempre contra las personas que tienen los ojos claros. Usa largo bigote de mosquetero, y una gran mosca colgada del labio inferior. Pocas canas tiene en sus lacios cabellos, que peina hacia atrás. Su mandíbula inferior se adelanta á todas sus facciones, dándole al rostro ese gesto especial que caracteriza á los «Austrias».

Viste impecable, hasta el detalle del cuello alto de frac y la pequeña corbata de lazo. Usa grandes quevedos de concha, que le dan á su rostro seco y huesudo un gran parecido con el archiduque Alberto de Rubens.

Comenzamos una conversación de cosas indiferentes; nosotros procuramos intercalar preguntas de sustancia informativa.

—Y qué, ¿trabaja usted ahora mucho, maestro?...

—En literatura—nos dice—he abierto un compás de descanso, después de publicar mi última novela *Sacramento*. Porque yo no soy continuo para laborar... Cuando estoy haciendo un libro, le dedico todas las mañanas hasta que lo termino; pero, una vez terminado, me gusta descansar una temporadita.

—¿A qué edad empezó usted á escribir?...

—A los veintitrés años, ó sea cuando me hice abogado y ya no tenía que dedicar el tiempo, como antes, á los libros de texto. Yo empecé á escribir artículos de pintura en *El Globo*, que entonces era de Castelar. Después pasé á *El Imparcial*, y allí

continué mi labor de crítico artístico de teatros y escribí algunos cuentos.

El maestro se levanta para buscar unos cigarrillos; nosotros le seguimos con el diálogo.

—¿Cuál fué la primera novela que publicó usted?...

—*Lázaro* fué mi primera obra seria—contesta al mismo tiempo que nos ofrece un habano.

—Muchas gracias, maestro. Y diga usted: ¿Cuál de sus novelas es la que más se ha vendido?...

Duda un instante.

—No sé cuál... Me parece que *Dulce y sabrosa*.

—¿Es la que ha hecho usted con más cariño?...

—Yo en mis libros he puesto, al hacerlos, igual cantidad de ilusión y de entusiasmo...

—Sin embargo—insistimos—tendrá usted preferencia por alguno...

—Le diré á usted, *El Enemigo*..., casi, casi... es el que me gusta más.

—¿No ha caído usted en la tentación de hacer teatro?...

—¡Nunca!...

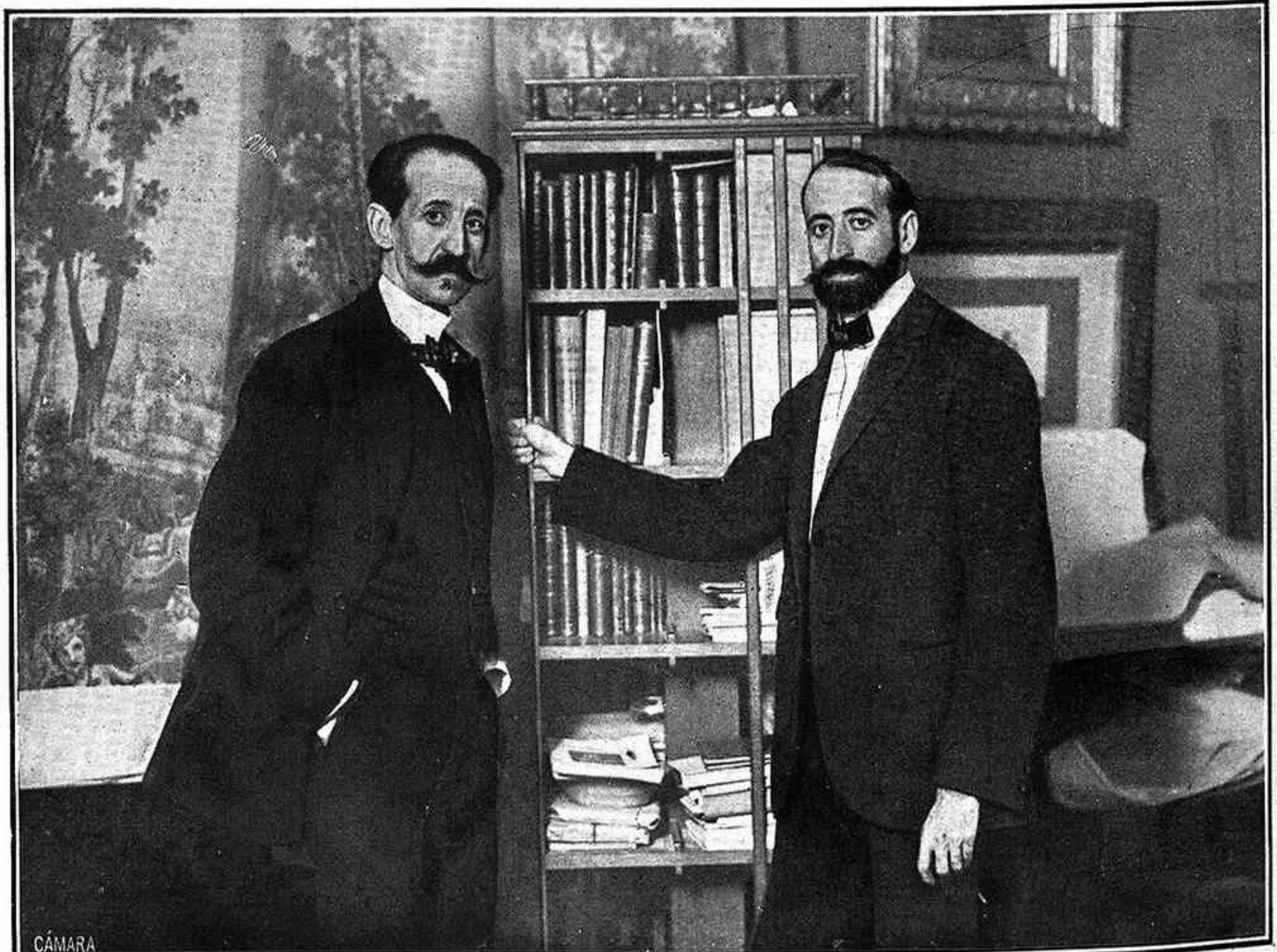
—¿Qué año entró usted en la Academia?...

—Entré... Vera usted—rememora entornando los ojos, y después, recordando, agrega rápido.

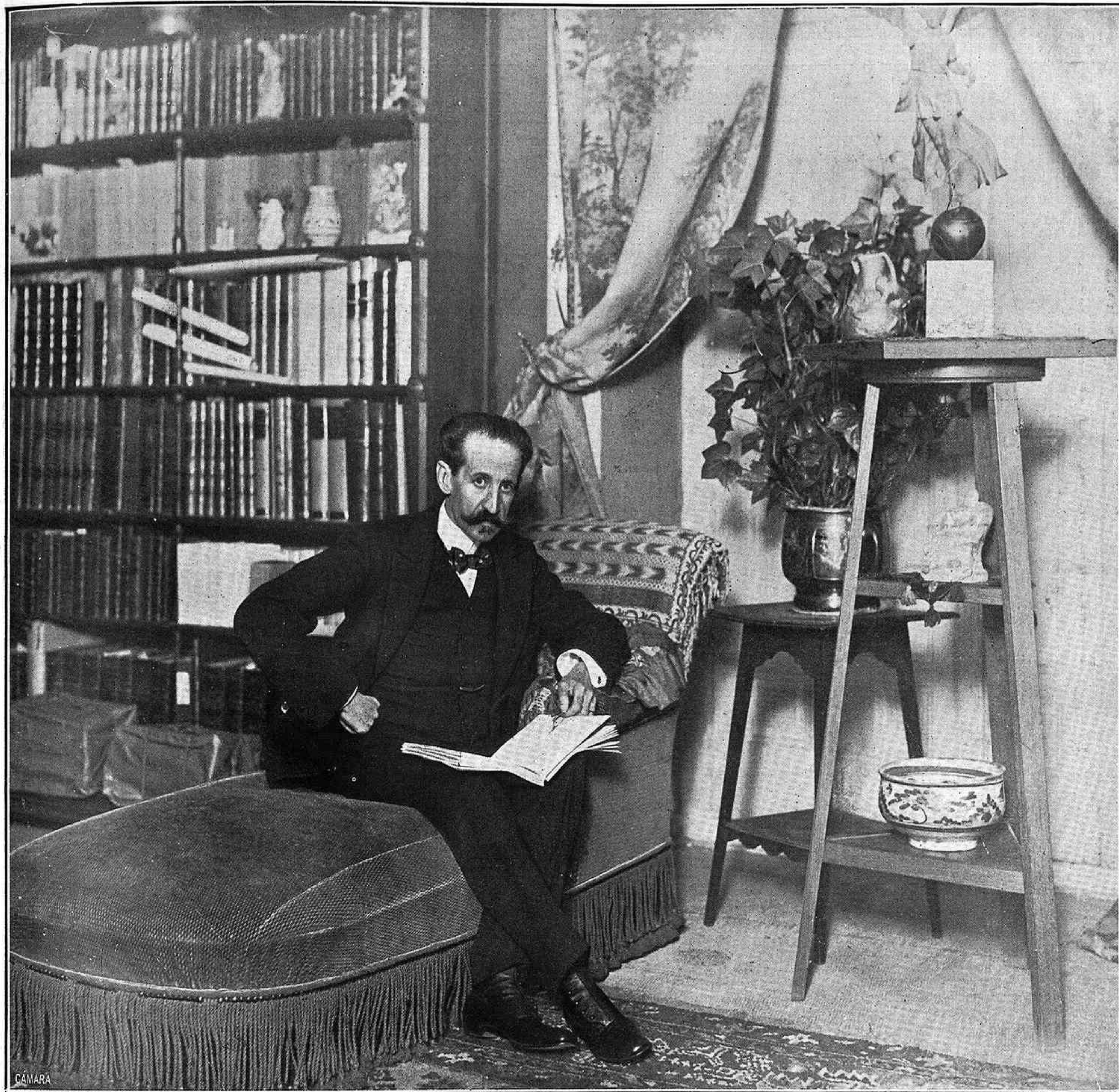
—Entré el año 1900. Eso es;... en la vacante de Castelar.

—Y apropósito, maestro, ¿usted qué opina sobre si doña Emilia puede entrar en la Academia ó no?...

—Yo, aunque siento una gran admiración y afecto por doña Emilia, opino que de la Acade-



Octavio Picón y su hijo D. Jacinto Felipe



Octavio Picón en su despacho

FOTS. CAMPÚA

mia no pueden formar parte las señoras—dijo con tono convencido.

—Pero es el caso que ya hay un precedente; en el siglo XVIII hubo ya una académica...

—¿Quién, no, señor. D.^a María Isidra de Guzmán y Lacerda, que es a la que seguramente se refiere usted, fué académica honoraria... Sin derecho a tomar parte en las juntas, ni a tener voz ni voto. Entonces como el Rey hacía lo que quería, se le antojó premiar cierto trabajo de la señora de Guzmán, dándole el título de académico honorario; pero no llegó ni a tomar posesión del sillón.

—¿Y en qué funda usted su oposición?...

—La fundo en muchas cosas. Primera y principalmente en que estaríamos cohibidos, no podríamos discutir... La falta de libertad de lenguaje... y ¡muchas razones más que se oponen a ello!...

Te confieso, lector, que estos sencillos juicios del consagrado novelista me dejaron un momento perplejo. Confundíase y libraban empeñado combate en mi imaginación con otros argumentos de más consistencia, que en pro de las futuras académicas emplearon «Azorín», Pío Baroja, Dicenta, Valle Inclán y otros intelectuales también consagrados, aunque no hayan conseguido que la dócta Casa solariega les haya recibido en su seno. Y me es justo consignar que no se bastaron las palabras de D. Jacinto para

arrancar de raíz los razonamientos adversarios.

—¿Y esa dice usted que es la principal razón que lo anima a oponerse a que D.^a Emilia forme parte de la Academia?...—vuelvo a preguntarle, lentamente.

—Yo no personalizo, ni, por lo tanto, quiero herir susceptibilidades... No hablemos de doña Emilia; hablemos de los inconvenientes que hay, a mi juicio, para que la mujer sea académica, y uno de los principales es el que le he dicho.

El cronista no pudo menos de considerar paradójico—aunque no le pareciera nuevo—el caso del insigne padre de *La Hijastra del Amor*: se ha pasado la vida literaria idealizando a la mujer y justificando sus deslices y defendiéndola contra todas las injusticias del sexo contrario; en mostrarse espíritu culto, tolerante, de ideales avanzados y cuando llega la ocasión de ayudar a realizar sus predicaciones, se nos muestra rezagado, al revés que Vázquez Mella. ¿Por qué? ¡Misterio!

Al notar que enoja esta conversación al novelista, la dejamos terminar en sus labios. El empieza otro tema.

—Ahora estoy muy preocupado y me da mucho trabajo el Patronato del Museo del Prado, del cual el Duque de Alba es presidente y yo vicepresidente.

—Creo que proyectan ustedes una gran obra...

—En efecto. Los cuadros que contiene el Mu-

seo son tantos, y abundan de tal modo los de mérito excepcional, que obras que en otras pinacotecas estarían en sitios de honor, se hallan aquí colocadas en pasillos, tránsitos y corredores.

—Cierto; y es una pena—lamentamos.

—Pero consiste en que hoy la falta de espacio hace imposible toda alteración en la distribución de cada sala. Como consecuencia de esto, una de las principales preocupaciones del Patronato ha sido procurar la ampliación del edificio del Museo. Había que estudiar esta obra y la forma de hacerla, sin que se fuese que cerrar el Museo un solo día. Ya hemos encontrado una fórmula y un proyecto, que aumenta en más de 20 el número de salas, las cuales por su disposición, iluminación y ornamentación podrán competir con las de los mejores museos de Europa. Ya los planos están aprobados é incluido en el presupuesto la cantidad de 1.200.000 pesetas, necesaria para esta reforma y muy pronto se empezará la obra...

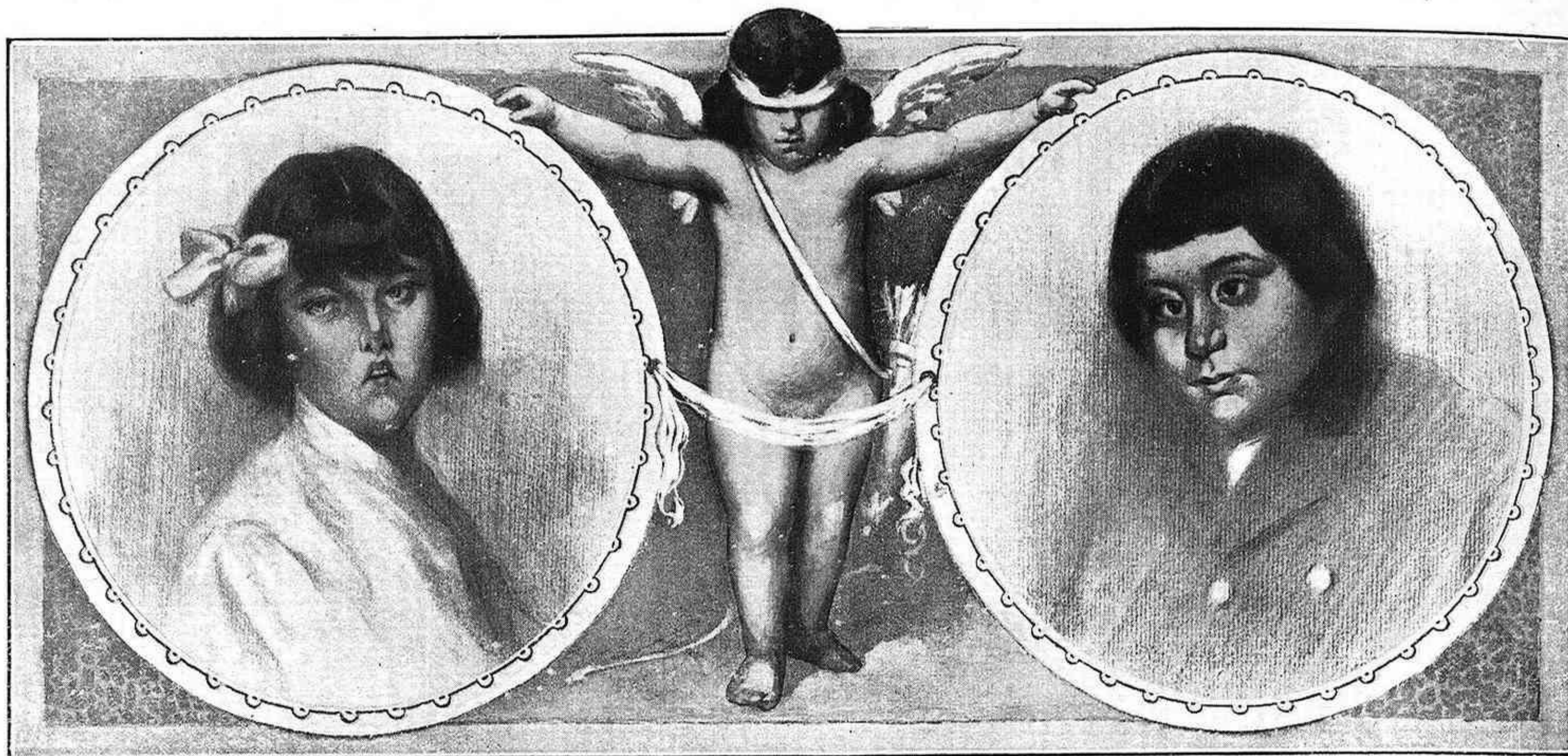
—¿Usted vive de los libros, D. Jacinto?—inquirimos, no queriendo dejar olvidada esta pregunta. Tal vez a D. Jacinto le ha causado sorpresa; pero rápido y amable nos ha respondido.

—Sí, señor, de la literatura y de lo poco que tengo.

EL CABALLERO AUDAZ

ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

Cuentos Españoles



EL PADRE

En el segundo de la derecha vivían los de Foncastín y en el de la izquierda los de Langayo: éstos tenían una hija y aquéllos un hijo—Rosa y Manuel—ambos tan feos que no los había semejantes en Madrid.

A Rosa, á los siete años, hubo que sacarla del colegio porque las otras chicas no querían sentarse á su lado ni admitirla en sus juegos; á Manuel le decían tales cosas los compañeros del Instituto que, como era bravo, salía á cacheína diaria. Las familias, que estaban en buena posición, tuvieron que adoptar el partido de educarlos en casa: lo que no lograron fué que los otros muchachos de la vecindad se tratasen con ellos. En vano los de Foncastín, dueños de cuatro grandes tiendas de ultramarinos, regalaban cajas de mantecadas y guayaba á los chicos del tercero con propósito de acortar distancias; inútilmente, los de Langayo, que tenían taller de sastrería para teatros, solían obsequiar á los vecinitos del entresuelo con palcos para funciones de tarde, porque los ingrátulos de arriba se comían las golosinas sin tener en cuenta su origen, y los mal educados de abajo se colocaban en los asientos mejores, sin hacer caso de quien les había convidado y les acompañaba. Rosa no consiguió tener una amigueta de su edad; Manuel se acostumbró á jugar solo. Así llegaron á cumplir ella diez y seis años y él uno más.

Entonces, como si la vida fuese mar y ellos naufragos, instintiva y simultáneamente se buscaron, sintiéndose cada uno impulsado hacia el otro por la tristeza reprimida de su propio aislamiento. En la comunicación espontánea del dolor, experimentaron ambos mutua y dulce piedad; la confianza y la expansión sirvieron de cimientos á su afecto, y poco á poco se les fué entrando el cariño al alma y convirtiéndose en amor, sin que se marchara al pasar por los sentidos. Mas según fueron creciendo y desarrollándose hasta hacerse hombre y mujer, aumentó su fealdad: de suerte, que ni ellos podían ser más feos, ni tener más poesía y dulzura aquella pasión que, dada la fealdad de sus cuerpos, era semejante á una princesa encantada y presa en cárcel miserable.

Viéndolos enamorados, aun sus padres hicieron burla de ellos, y no hubo vecino que al sor-

prenderlos hablando de ventana á ventana no sonriese como si descubriera el coloquio amoroso de dos monos cautivos.

Rosa era alta de busto, corta de piernas, llana de pecho, escurrida de caderas y de rostro tan pálido, que parecía exangüe; la naricilla respingona; los ojos de azul clarucho, inexpresivos y pequeños; la boca estrecha y hoccuda, armada de grandes dientes; el pelo del color del cáñamo sucio; los pies enormes y aplastados; las manos huesudas y delgadas; toda ella desproporcionada, de semblante tristemente cómico, parecido al de aquellas mujercillas contrahechas con que en otro tiempo se divertían las reinas.

Manuel era también pequeño, pero robusto y fornido. Tenía la cabeza muy chica, voluminosa el arca del cuerpo y exageradamente gruesas las piernas; el rostro, de sienes estrechas, pómulos salientes, ojos oblicuos y color terroso, recordaba las figuras de enanos japoneses pintadas en abanicos y crespones.

Andando el tiempo, el amor los puso más feos de lo que eran: mientras no sintieron uno por otro sino lástima, simpatía y cariño, no hubo en su aspecto alteración notable; pero á este casto maridaje de las almas sucedió con la edad una atracción física, intensa y desordenada que les hizo apetecerse y buscarse, deseando unirse y confundirse físicamente, como se habían unido y confundido en lo espiritual y los ratos en que esto experimentaban ponían en la mirada tan ardiente expresión, que daba miedo verlos, porque parecían seres de una raza inferior impulsados por el ardor del cielo á perpetrar su monstruosa especie.

Hubo que casarlos. La boda fué de noche, anticipándose y retrasándose la ceremonia varias veces para despistar á la gentuza del barrio que quería darles una encerrada: aun así acudieron á las puertas de la casa y de la iglesia grupos que saludaron á los novios con risas estúpidas y dicharachos soeces. Manuel que iba de frac y Rosa que llevaba traje y velo blancos con prendidos de azahar, parecían los personajes principales de una pantomima de circo.

Pasaron viajando las primeras semanas de la luna de miel; pero hartos de que en trenes y fondas se riesen de ellos, volvieron á la casa que en Madrid se habían puesto, y se encerraron en

ella, solos con su amor, como dos fenómenos que hubiesen hallado un tesoro, avaros de poseerlo y gozarlo sin testigos.

Su riqueza les permitió rodearse de lujo y de comodidades, pero vivían sin otro trato que el de sus familias: salían poco, paseaban por las afueras y para hacerse querer de los criados se mostraban generosos con ellos.

Un día se supo que Rosa estaba embarazada y entonces fueron los comentarios sucios y las burlas sangrientas.

Cuando parió, hubo entre los vecinos un movimiento de irresistible curiosidad por ver al recién nacido, que era varón. No había quien no se regocijase de antemano con la idea de que tales padres hubiesen engendrado un verdadero monstruo; así es que la sorpresa fué grande cuando se enteraron de que el niño era como los demás, sin rasgo alguno en que se reprodujese la descomunal fealdad de donde procedía.

Uno de los parientes que acudieron á dar la enhorabuena á los padres fué Roberto, un primo de Rosa, joven de arrogante figura, el cual al mismo tiempo que les felicitaba les contó que á consecuencia de malos negocios estaba arruinado y tenía que marcharse á Ultramar con un modesto empleo. Rosa y Manuel, á quienes la felicidad tenía dispuestos favorablemente para todo arranque generoso, le preguntaron cuánto necesitaba y le hicieron un préstamo sin interés de algunos miles de duros, gracias al cual remedió su situación y mejoró de fortuna. Roberto era agradecido y desde aquel día fué el mejor amigo que tuvieron Rosa y Manuel. Les visitaba, comía frecuentemente en su casa, y alegraba su soledad de tal modo que marido y mujer se encariñaron con él, estableciéndose entre los tres ese afecto sólido y sincero que une á los bienhechores y los favorecidos cuando éstos saben agradecer y aquéllos no echar en cara.

Rosa no queriendo dar al niño con su leche su propia fealdad le tomó un ama joven, robusta y guapa; después hizo que le bautizasen llamándole Manuel; y luego en vez de seguir la vida retraída de antes, dió en la costumbre de salir frecuentemente á paseo con su marido, la nodriza y el niño, como si mostrase empeño en hacer gala de ser madre.

LA ESFERA

Los vecinos miraban á Manolito asombrados, porque se iba poniendo cada día más guapo. Al año estaba monísimo; al año y medio hermoso; al cumplir los dos años era una preciosidad. Los angelitos de Murillo y los amorcillos de Rubens, comparados con él, parecían chiquillos ordinarios y vulgares. Tenía las facciones delicadas, los ojos grandes y azules, la mirada inteligente, estaba bien formado y por el color de sus carnes y la proporción de sus miembros denotaba una organización privilegiada. No había modo de convencer á las gentes de que fuera hijo de tales padres.

lumnia, hubo cambios de vecinos, fueron gentes nuevas á varios pisos de la casa, y al cabo de algún tiempo no faltó quien dijese que Rosa estaba en relaciones desde mucho tiempo atrás con su primo Roberto y que por esto le había salvado de la ruina. Así quedaba todo explicado, resultado natural que Manolito fuese tan hermoso.

La calumnia llegó á Manuel por medio de un anónimo. Su primera impresión fué de incredulidad y de ira y desprecio para el infamador; pero, por uno de esos misterios de que está lleno el corazón del hombre, no dijo á Rosa una palabra;

frir más, se encerró con su mujer y, sin preparación, brutalmente, le dijo sus sospechas, el origen que tenían y cómo se le habían entrado al alma la desconfianza y el dolor.

Rosa se le quedó mirando asombrada, dudosa de si hablaba sinceramente, ó se complacía en una broma insufrible; mas leyéndole la sinceridad en los ojos, le habló así:

—Mucho debes de quererme para creer que puedo gustar á otro.

—¿No me has gustado á mí?

—No—repuso ella cogiéndole de un brazo y poniéndose con él ante un espejo—, no; nos he-



El chasco que parientes, amigos y vecinos se habían llevado los dejó al principio desconcertados y hasta sirvió para contener algo las burlas que hacían del matrimonio; pero luego aquel mismo contraste que formaba la fealdad de Manuel y Rosa con la belleza del niño dió nuevo y más ancho campo á bromas, murmuraciones y sátiras.

Por fin, una mala lengua echó á volar la especie de que Manolito no debía de ser hijo de Manuel sino de Roberto, aquel primo de Rosa á quien el matrimonio había salvado de la ruina.

Corrió la voz, negaron unos, creyeron otros, dudaron casi todos, fué echando raíces la ca-

lumnia, hubo cambios de vecinos, fueron gentes nuevas á varios pisos de la casa, y al cabo de algún tiempo no faltó quien dijese que Rosa estaba en relaciones desde mucho tiempo atrás con su primo Roberto y que por esto le había salvado de la ruina. Así quedaba todo explicado, resultado natural que Manolito fuese tan hermoso.

Al mes de recibir el anónimo y de observar á Rosa, Manuel estaba convencido de su culpabilidad. Entonces, después de pensar mucho y su-

mos unido como se unen los tristes, para mitigar sus penas..., lo demás ha venido luego.

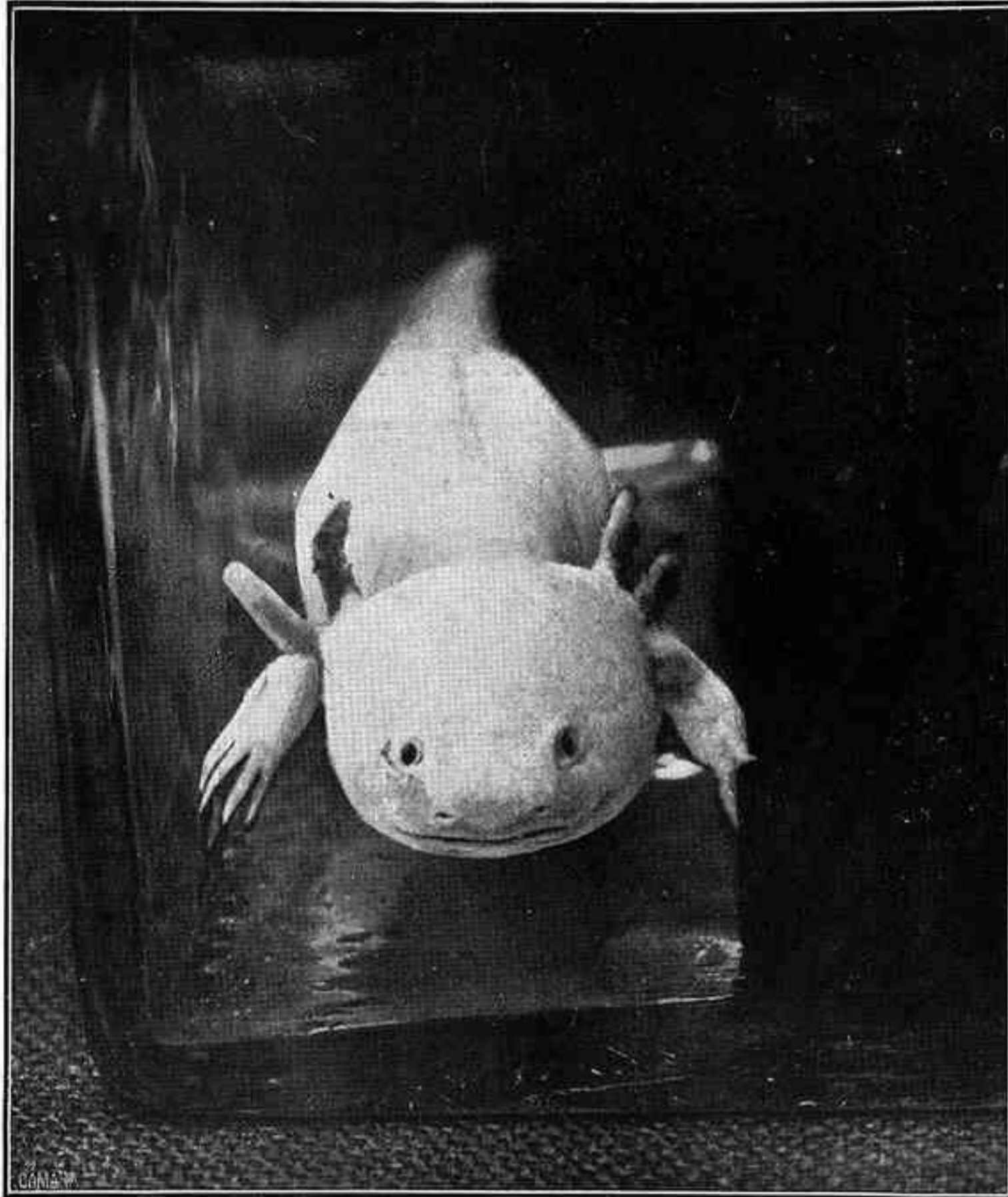
—Pues siendo así—replicó Manuel—, ¿cómo ha podido nacer de nosotros esa criatura?

Y Rosa, con una sonrisa en que se reflejaron la felicidad de su alma y la tranquilidad de su conciencia hasta embellecerle momentáneamente el rostro, le dijo:

—¡Tonto! ¡Somos feos, muy feos; pero nuestro amor es hermosísimo... y ese, ese es el verdadero padre de nuestro hijo!

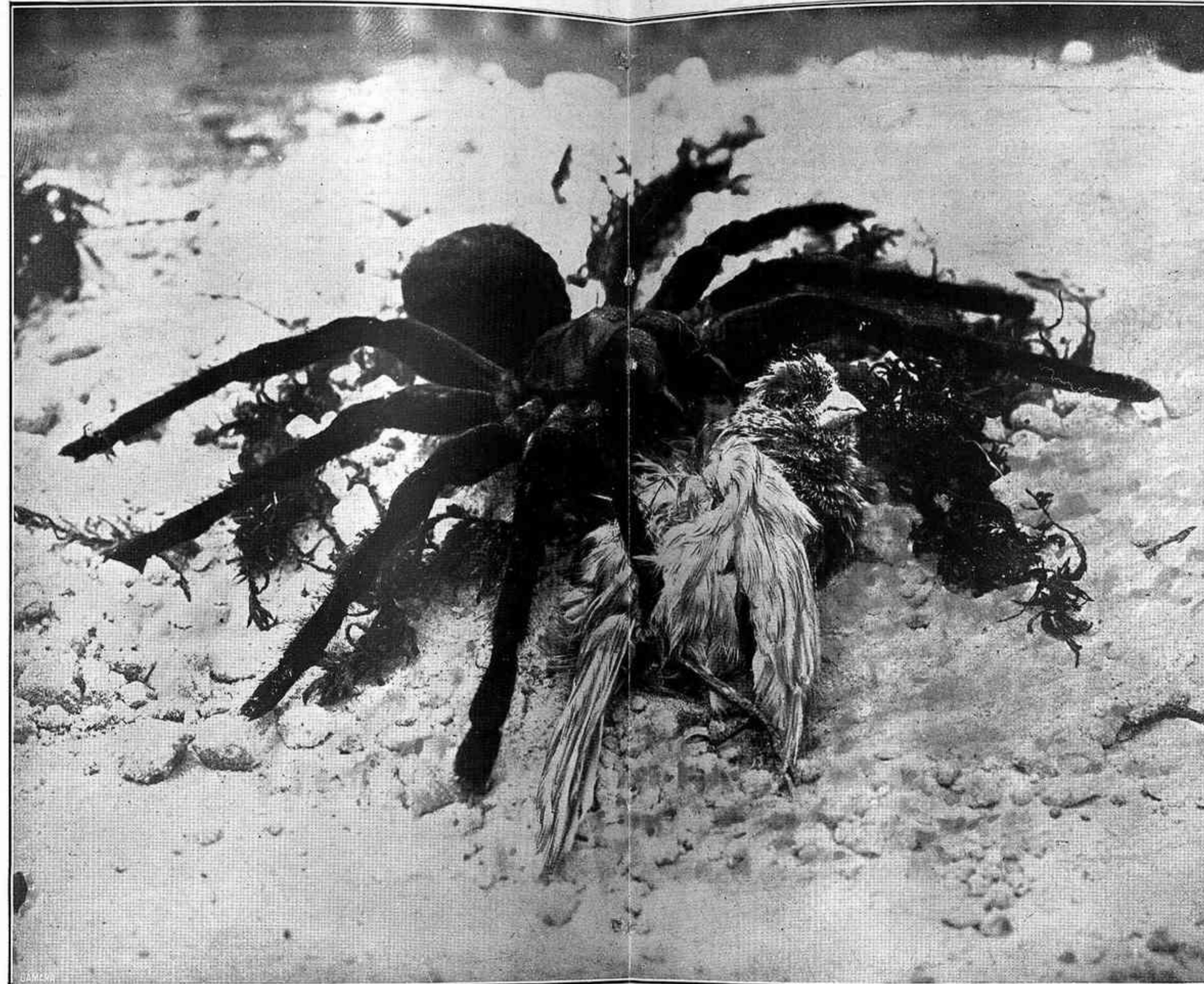
JACINTO OCTAVIO PICÓN

DIBUJOS DE OLIVERA



La salamandra de Méjico, en estado de larva

Organizada por el Príncipe de Areberg, ábrese por primera vez en París una curiosísima Exposición. Compónenla insectos vivos, pescados monstruosos, reptiles y pájaros de formas terroríficas, extraño mundo que, bien conocido de los naturalistas, permanecía ignorado de la gran masa del público. Nadie podría imaginarse, al recorrer las instalaciones en donde aparecen haciendo su vida ordinaria las formidables bestezuelas, la serie de peligros y de penosos esfuerzos que ha presidido á la formación de este museo único. Insectos y reptiles cuya picadura ó mordedura es en alto grado ponzoñosa, y para realizar la captura de los cuales el explorador-naturalista hubo de poner en el juego la seria apuesta de la vida ó de la salud, quedaron aprisionados por la astucia de sus aprensores; mas no se dió término con esto á la ardua empresa, en cuanto la mayoría de los ejemplares capturados eran de difícilísimo transporte, y una vez llegados á París, de aun más difícil conservación, en vivo, por la diferencia de clima. Estos obs-

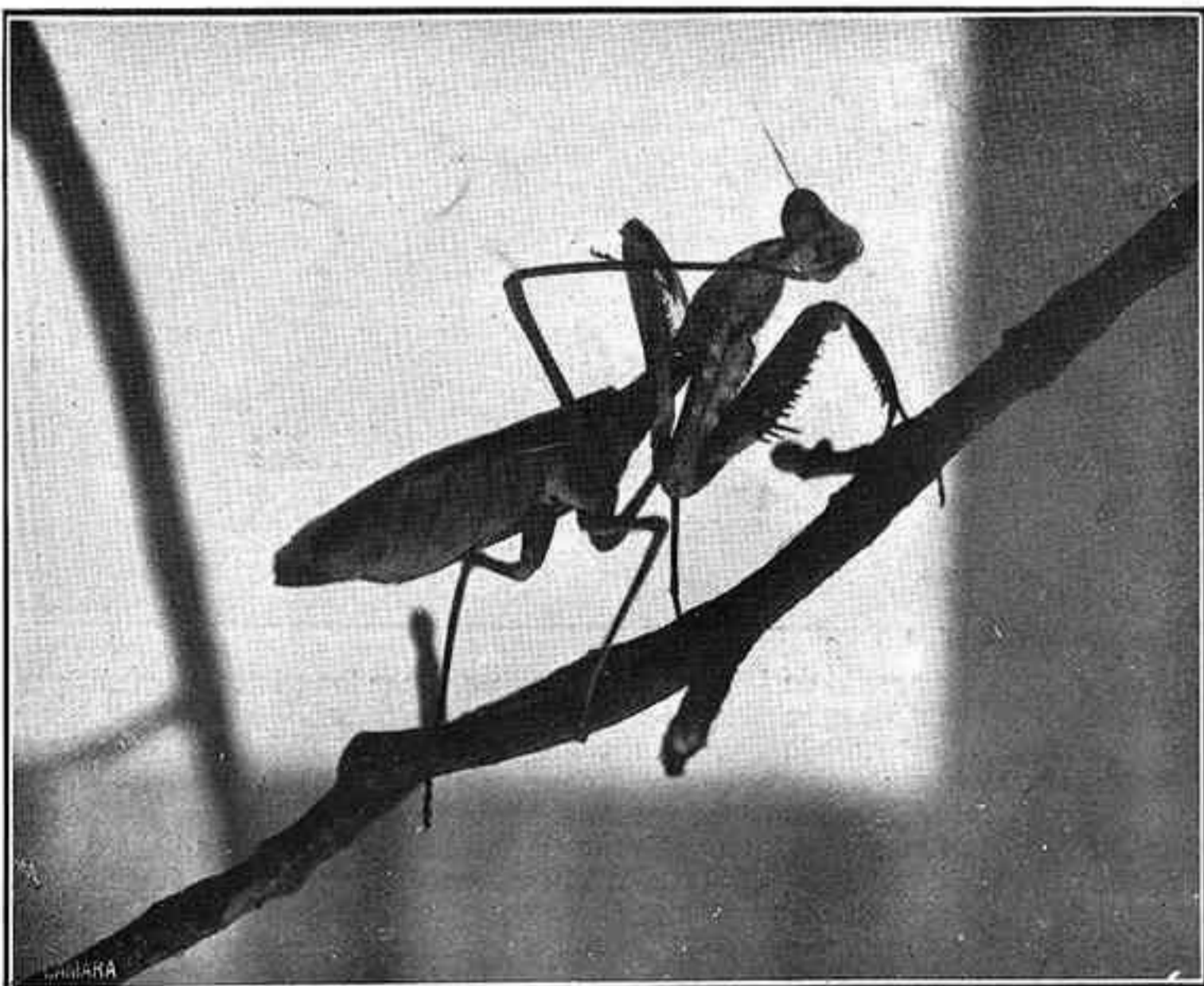


La monstruosa araña de la Guyana francesa, que mide 32 centímetros de desarrollo, devorando un pajarillo



Camaleón del centro de Africa

fáculos, en verdad formidables, han sido pacientemente vencidos, y la Exposición, emplazada bajo la experta guía del célebre profesor de entomología agrícola del Luxemburgo, M. Clement, constituye por el momento la curiosidad sensacional de París. Visitar dicha exposición es hacer un viaje emocionante á través de los dominios de la Historia Natural, sorprendiendo las costumbres de insectos, pescados y aves á cual más extraordinarios y sorprendentes, como los voraces mantidos de Egipto, cuya hembra devora al macho luego de la fecundación; los espeluznantes escorpiones de Africa, algunos como el de la Costa de Marfil, de enormes proporciones (en varios ejemplares la cola, con su aguijón venenoso, mide 8 centímetros); las arañas venenosas de volumen tan considerable como la representada por nuestro grabado central, que alcanza 32 centímetros de desarrollo, y que se alimenta de grandes insectos, ratones y pajarillos, y la mortífera mosca tsé-tsé, cuya picadura trasmite al hombre la espantosa enfermedad del sueño.



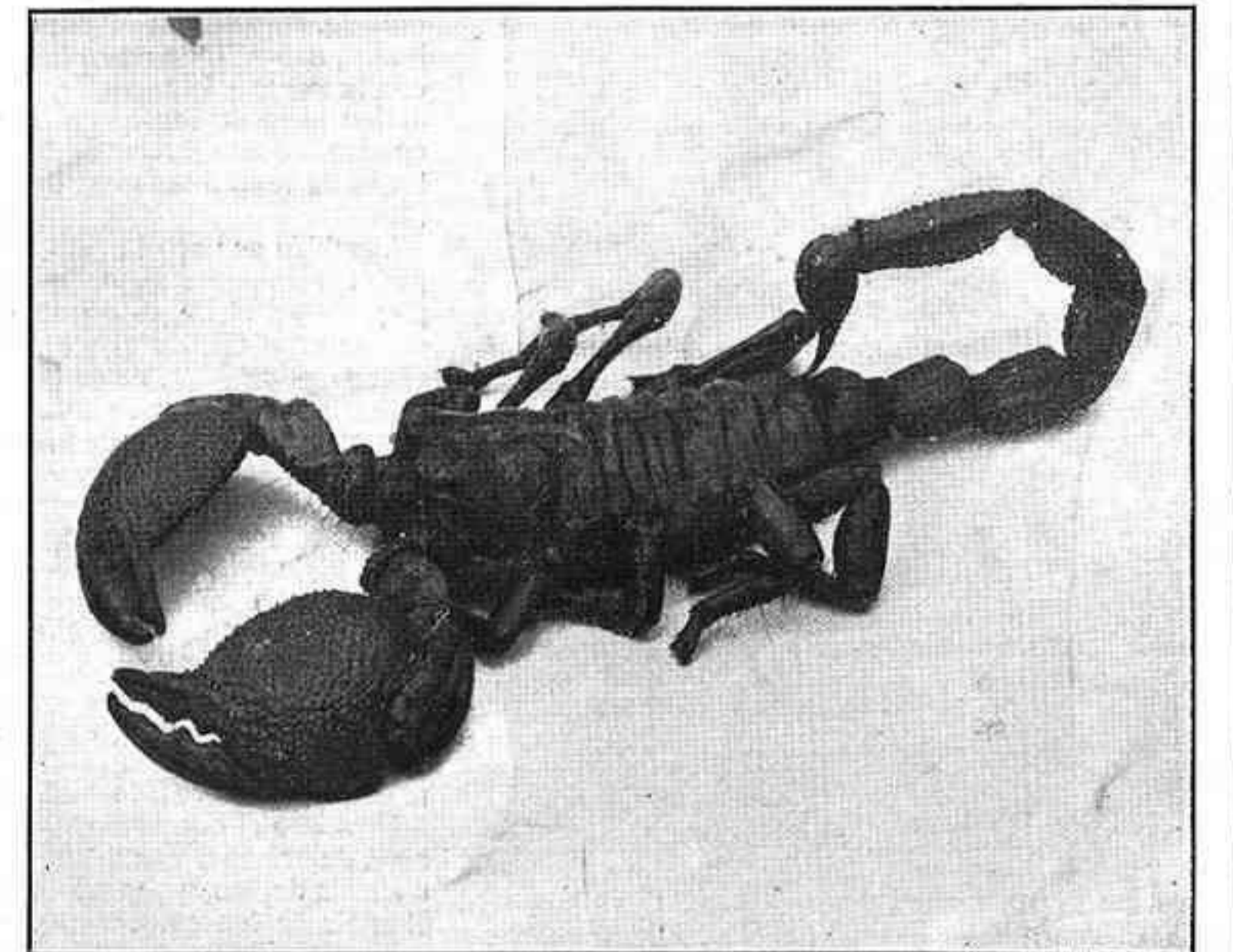
Monstruoso saltamontes del Sur de Africa
FOT. MIRROIR



La mosca "tsé-tsé", productora de la terrible enfermedad del sueño, picando á un conejillo de Indias



El príncipe de Areberg, organizador de la Exposición, y el célebre entomólogo M. Clement

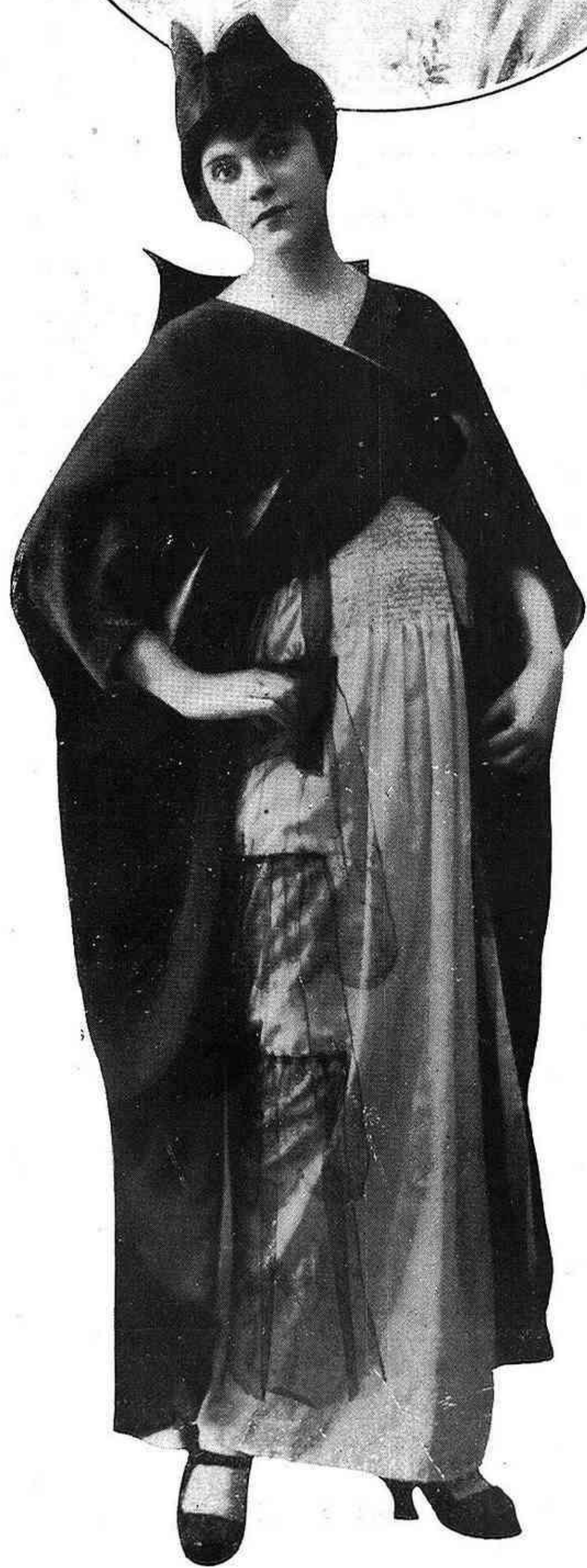


Escorpión gigante de la costa de Marfil
FOT. MIRROIR



Vertical text on the right edge of the page.

LA MODA FEMENINA



EN nuestra última *causerie* quedó dicho cuanto puede referirse al traje de playa con la extensión que permite una ligera crónica de éstas. Claro que mucho más habría que hablar y discutir relacionado con dichas *toilettes*, así como con las de paseo y casino si á especializar y á detenernos en su análisis fuéramos. Pero como la misión mía es daros una ligera idea de las evoluciones de la Moda adelantándoos las noticias que con aquéllas tengan relación, huyo de toda prolijidad de detalle y de toda minuciosa explicación del conjunto. Además, como yo soy contraria á cuanto signifique disciplina y norma y prefiero, por el contrario la ligereza, la frivolidad que se permita al gusto manifestar libremente sus indicaciones, no sigo el sistema de analizar puntada por puntada el último figurín. Frente al boceto la imaginación del espectador completa los personajes y les infunde su modalidad espiritual; contemplando el barro á medio modelar, la fantasía del que mira pule las líneas duras, redondea las formas imperfectas, concreta la idea con arreglo á la especial psicología de su arte. Y así creo yo que deben ser estas conversaciones: ligeras, fugaces, banales, de una impresión grata y amable que no produzca cansancio, ni necesite más que un trazo, un apunte, una indicación sencilla que cada lectora se encargará de completar á su antojo.

¿Para qué decir más hablando, por ejemplo, de los trajes de casino de este año sino que generalmente dominan los pliegues en su confección y que los tejidos vuelven á ajustarse al talle destacando la gallardía y redondez de éste?

Bajo esta base os hablaré hoy de los trajes de baño para completar totalmente lo que pudiéramos llamar el *trousseau* de playa.

Entra también la complicación en estos vestidos, ajenos por mucho

tiempo á los caprichos de la moda. Se confeccionan con crespón de lana ó sarga, bien lisos ó estampados con florecillas menudas de tono suave. Se adornan con entredoses de crochet ó cenefas que pueden ser de trencilla ó bordadas con lana fina.

La falda cortita y airosa llega hasta la rodilla. Son de un corte caprichoso, algunas fruncidas, con tres ó cuatro volantes anchos, y lo mismo aquéllas que éstas, sugestivas y simpáticas. Las blusas afectan forma japonesa, en unos casos y en otros siguen los derroteros que les traza la más variada y loca orientación. Se adornan con anchos cuellos vueltos ó de forma marinera, con grandes solapas, que suelen hacer juego, en cuanto á la tela y al dibujo, con los puños de las mangas y el cinturón. Este se usa indistintamente de unas dimensiones tales que alcanza las proporciones casi de un corpiño, ó por el contrario, reducido á las más pequeñas proporciones. También se emplea la cinta formando un lazo ó bien un nudo capricioso, que deja flotar en el aire los largos extremos de aquella. Hay asimismo preciosos trajes sin cuellos ni mangas, en un orden armonioso de color con la gorra y la zapatilla, que cruza alrededor de las piernas, las cintas que la sujetan y que en este modelo es imprescindible que sean análogos de tono á las trencillas que alegran el vestido.

También se usa el *maillot*. En las playas españolas no se ha aceptado todavía por una explicable oposición de nuestro pudor. Pero á pesar de esta ciencia nuestra, que yo desfiendo y deseo que perdure, no se puede negar que es de una suprema belleza, porque es el traje que menos atenta al imperio de la línea.

Además, el tono generalmente obscuro del *maillot* contrasta con las rosas de la carne prestando á la figura un misterioso encanto y un irresistible poder de seducción.

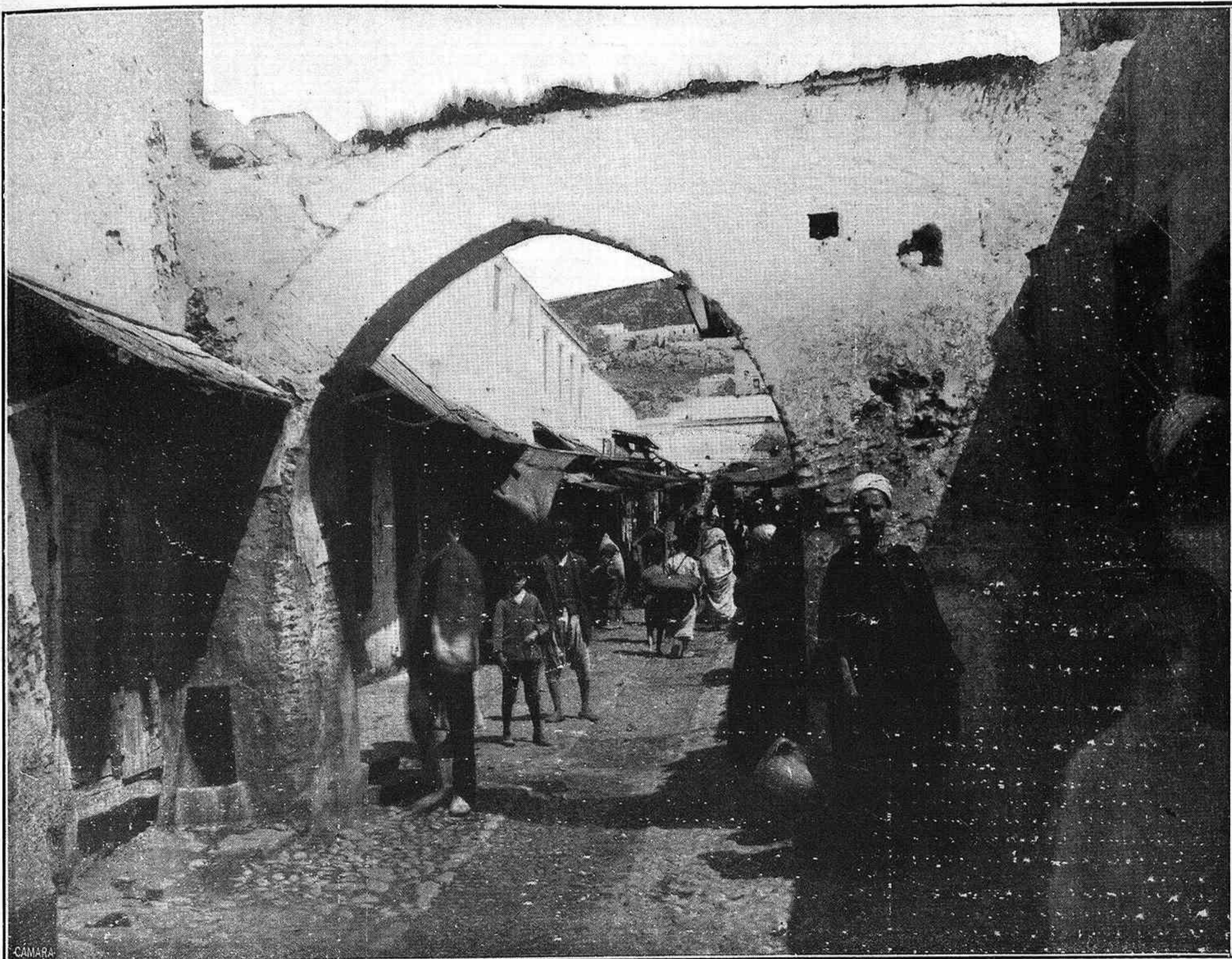
Antes el *maillot*, no era usado en las playas extranjeras más que por las horizontales que les era necesario llamar la atención haciendo la perfecta armonía de sus líneas. Hoy, y desde hace algunos años, en Ostende, Trouville, y otras aristocráticas playas, visitadas por todo el gran mundo, el *maillot* ha triunfado.

Envuelto el cuerpo en la amplitud de la gruesa capa de franela, lisa ó listada á grandes rayas, á través de las aguas gozosas buscará siempre el ansia de los gemelos que espejean al sol, el cuerpo ceñido para rendir un eterno culto fervoroso á la soberanía de la belleza femenina.



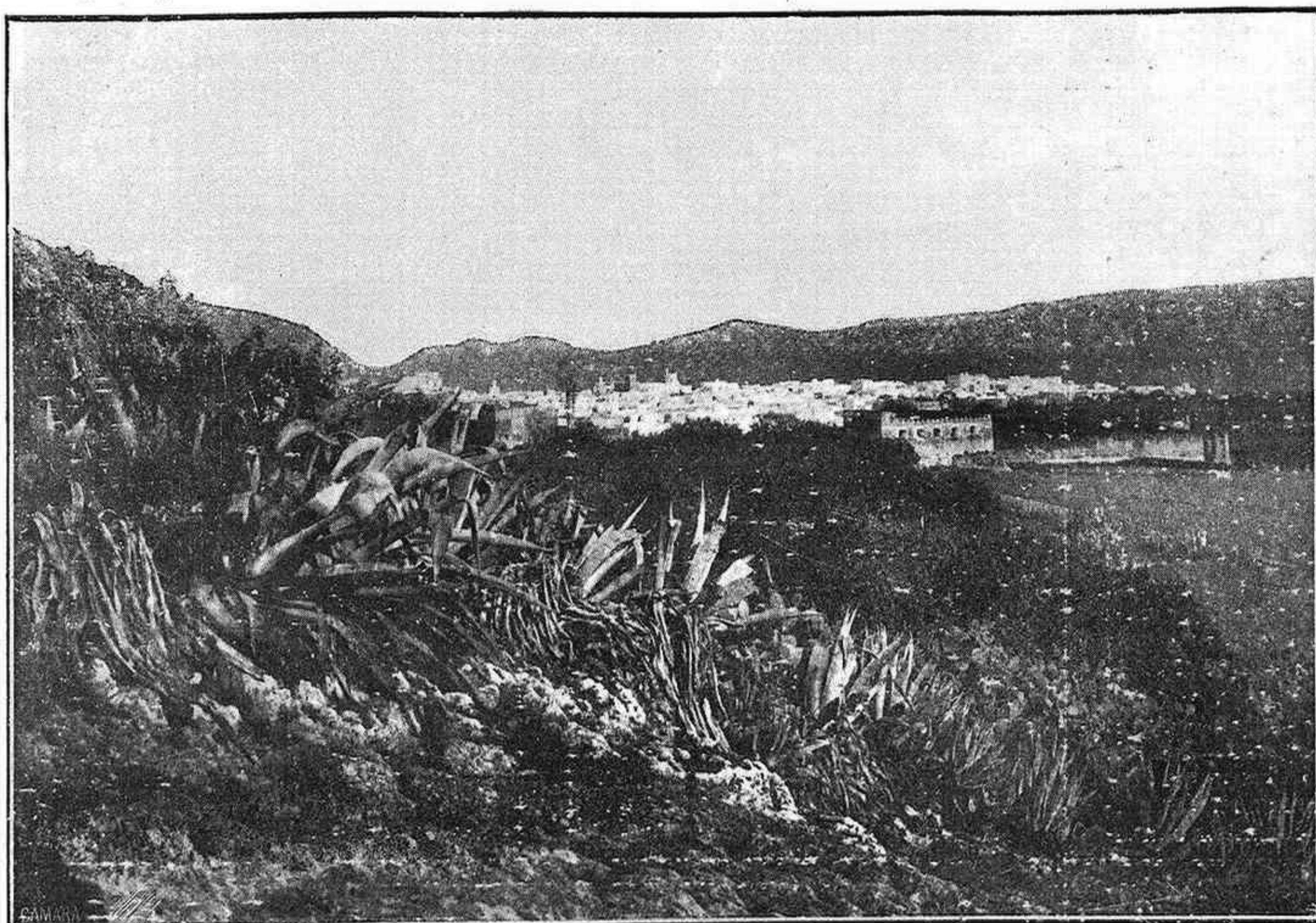
ROSALINDA

MARRUECOS PINTORESCO
LA PLAZA DE TETUAN



Calle de la Judería, uno de los sitios más típicos de Tetuán

Obstinados andan los etnólogos en demostrar la unidad de raza de españoles y marroquíes. Y en verdad que si no bastaran á demostrar ese común origen, los rasgos étnicos y ciertas indelebles características morales, ahí está esa pintoresca visión de una ciudad y de una encrucijada moruna, sorprendidas por la cámara fotográfica en



Vista general del cementerio de Azmir, en Tetuán

POTS. C. DE LA MAZA

Tetuán, y que puede corroborar las hipótesis de la Ciencia. Quien haya viajado por Andalucía habrá tenido, sin duda, ocasión de ver en el Albaicín granadino, en la vieja Córdoba, en los pueblecillos de la Alpujarra, cien lugares como los que reproducimos en esta página, en extremo característicos, y que poseen una real y positiva belleza.



BELLAS ARTES
LOS IMPRESIONISTAS ENTRAN EN EL LOUVRE
 UN LEGADO IMPORTANTE



ISAAC DE CAMONDO
 Que ha donado su valiosa colección de cuadros al Museo del Louvre

A CABAN de abrirse al público en el Museo del Louvre las seis salas de la colección Camondo, que representan un valor aproximado de treinta ó treinta y cinco millones de francos. A la galería La Caze, á las salas Thomy-Thiery, Chauchard, Adolfo de Rosthchild, á la colección Moreau-Nelaton y á las salas que actualmente se preparan, de Delort de Gleon y de la marquesa Arconati-Visconti, ha venido á unirse esta espléndida colección del conde Isaac de Camondo.

El conde Isaac de Camondo, que murió en 1911, á los sesenta años, supo alternar su vida, activa é inquieta, de hombre de negocios, con un culto apasionado é inteligente por el arte. Incluso fué también un profesional de la música y estrenó en la Opera Cómica una comedia lírica titulada *El clown*.

Pero su aspecto más interesante, el que en realidad había de concederle el derecho á la inmortalidad en una de las secciones de El Louvre, fué el inteligentísimo acierto, el depurado esteticismo con que supo elegir y reunir numerosas obras artísticas de diversas épocas. A él se debió la mayor parte de aquella interesantísima Exposición de esculturas japonesas el año 1900.

Y dentro de este aspecto hay algo que hace más valioso aun el legado de Camondo: es la agrupación tan armoniosa y representativa de obras de la escuela francesa moderna. Sobre todo, de los impresionistas.

Isaac de Camondo, que tan amante era del arte de otros siglos, supo adivinar ante los cuadros revolucionarios y luminosos de la escuela impresionista, la enorme influencia que habían de ejercer, pasado algún tiempo, sobre la pintura de principios del siglo xx. Gracias á esta intuición, gracias también á que el Consejo de Museos ha prescindido, por una vez, de la cláusula que prohíbe admitir en El Louvre las obras de artistas vivientes, ó sin haber transcurrido diez años después de su muerte, la escuela impresionista ha quedado definitivamente consagrada.

Los gloriosos pintores de aquella época, que aún viven y trabajan—Degas, Renoir, Claudio Monet—, habrán sonreído un poco melancólicos, recordando los

años de lucha contra la hostilidad y las ajenas cegueras de entonces.

En la colección Camondo figuran todos los grandes impresionistas: Eduardo Manet, Edgardo Degas, Claudio Monet, Sisley, Pissano, Renoir, Jonkind, incluso Paul Cézanne que, de un modo inconsciente, preparaba el advenimiento del absurdo cubismo.

Al maestro Degas que, huraño, misterioso, sigue trabajando en su taller cerrado á todas las indiscreciones contemporáneas, se le ha consagrado una sala entera.

Veintidós cuadros y gran número de pasteles y dibujos componen esta sala del gran artista, á quien el fabuloso precio alcanzado por sus *Bailarinas en la barra*, cuando la venta Rouart, hizo surgir súbitamente del silencio y de la obscuridad á la más gloriosa y deslumbradora de las resonancias mundiales.

De sus dos series tan admirables de *Danseuses* y *Courses*, hay varios lienzos notabilísimos. Uno de ellos *Bailarinas durante el ensayo*, se reproduce en estas páginas, y es quizás la más representativa de esa finura incopiable, de esa gracia colorista y compositiva que caracterizan los cuadros de bailarinas, favoritos de Degas.

También forman parte de esta sala el famoso cuadro *L'Absinthe*, cuyo áspero realismo causó tal escándalo el año 1895 en Londres, que hubieron de retirarle de la Exposición; la *Femme á la potiche bleu*, la *Femme s'essuyant le cou*, *Baigneuses* y *Blanchisseuses*, que evoca una de las páginas más vigorosas de Zola en *L'Assommoir*.

De Eduardo Manet no poseía El Louvre más que la famosa *Olimpia*. Ahora ya tiene *Olimpia* tres maravillosas obras rivales. Los tres lienzos de Manet: *Fifre de la Garde*, *Lola de Valence* y *Le Port de Boulogne* son tres obras maestras.



LOLA DE VALENCIA
 Uno de los cuadros de Manet, donados al Museo del Louvre por Camondo

Pocos lienzos contemporáneos podrán sostener incólumes la comparación con ese chiquillo de los agresivos pantalones, de un color rojo de rubia y pintado con la cálida paleta, luminista, tan inconfundible, de Manet.

Y esto que digo de *Fifre*, acaso pueda afirmarse con mayor motivo de *Lola de Valence*. La célebre danzarina española está representada con el traje de teatro, esperando detrás de un bastidor el momento de salir á escena. Hay en la expresión, entre altiva y voluptuosa de su rostro, en la plena carnosidad del desnudo brazo y de las piernas, cubiertas de rosadas medias de seda, un gran acierto de la interpretación de nuestra raza, orgullosa y sensual. Pero mayor es aun el acierto colorista, tan atrevido, de la falda negra, con flores y tallos verdes y amarillos, con madroños rojos, y del velo, azul y blanco, puesto á guisa de mantilla y sobre el cual se destacan otra vez los rojos madroños. No se puede hablar de este cuadro sin evocar la estrofa de Baudelaire:

Entre tant de beautés que partout on peut voir,
 Je comprend bien, amis, que le désir balance;
 Mais on voit scintiller en Lola de Valence,
 Le charme inattendu d'un bijou rose et noir (1).

En cuanto al *Port de Boulogne* es una de aquellas fantasías de Whistler, pero más fuerte, más áspera, que las de Whistler.

Después de Manet y Degas hay que citar los paisajes de Claudio Monet, tan prodigiosos, tan impregnados de la exquisita sensibilidad del artista y realizados con la poderosa técnica del autor del *Déjeuner en forêt*, rechazado en el salón de 1867, y que había de influir en el célebre *Déjeuner sur l'Herbe*, de Manet.

La colección Camondo posee una de sus obras maestras: *El puente de Argenteuil*, y otras tres, en que la luz y el color juegan y se alfan en peregrinas y deslumbradoras gallardías: *Ninfeas*, *Catedral de Rouen* y *Orillas del Sena*.

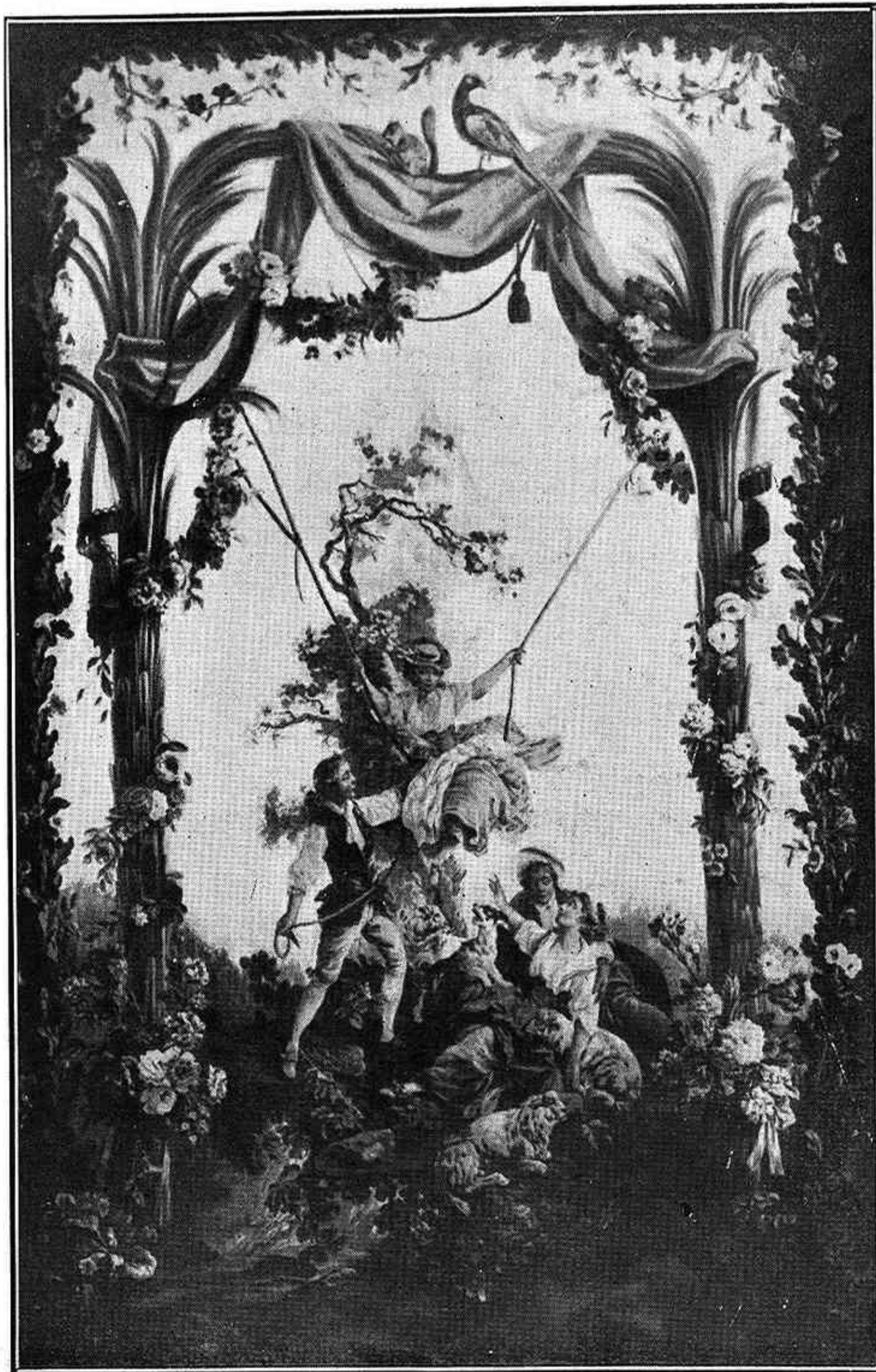
Luego figuran una *Jeune Paysanne*, de Camilo Pissano; *La inundación*, de Sisley; *Le Pont neuf*, de Jonkind; *La playa de Trouville*, de Bondin; *Clownesque*, de Toulouse-Lautrec, y algunos dibujos de Forain.

Paul Cézanne merece párrafo apar-



EL PÍFANO DE LA GUARDIA
 Cuadro de Manet

(1) *Les fleurs du mal*, Tableaux Parisiens, CX.



El célebre péndulo de Falconnet y tapiz de los Gobelinos de la colección Camondo

te. Y no ciertamente por el mérito de sus *Joueurs de cartes* y *Pommes*, que van más allá del impresionismo y se detienen más acá de las riquezas coloristas y las seguridades del dibujo. Paul Cézanne no significa, al entrar en El Louvre, el triunfo de una estética; pero algunos pintores—*passez le mot*—pueden creerlo.

Así como Claudio Monet dijo: «Yo quisiera pintar como el pájaro canta», Paul Cézanne afirmó muy seriamente que se debe *traiter la nature par le cylindre, la sphère, le cône, le tout mis en perspective, soit que chaque côté d'un objet, d'un plan, se dirige vers un point central*.

De aquí, de esta tendencia geométrica ha nacido el cubismo. Y detrás del cubismo todas esas intolerables extravagancias de los demás exhibicionistas. Pero no confíen por la entrada de Paul Cézanne en El Louvre sus seudo discípulos. Ellos no



BAILARINAS DURANTE EL ENSAYO
Cuadro de Degas, de la colección Camondo

entrarán jamás. Si entraran, la actitud de la Victoria de Samotracia adquiriría movimiento para salir de El Louvre. Y detrás de ella, todas las grandes obras maestras.

Finalmente, la colección Camondo ha venido a enriquecer más aun las magníficas secciones de la Edad Media, del Renacimiento y del Extremo Oriente que hay en El Louvre. En esta serie de obras figuran una Virgen en piedra, borgoñona, una *Crucifixión*, de la escuela de Pádua, varios bustos del más puro estilo italiano é idolillos búdicos del siglo VIII.

Y en un delicioso *boudoir* Luis XVI, donde se ha reconstruido toda la galante elegancia del siglo XVIII, con muebles de Gouthière, tapices de Gobelinos y, sobre los lisos muros, unas sepias de Fragonard ó de Prudhon, se levanta una obra de incalculable valor: el reloj de Falconnet titulado *Las tres gracias*.—S. L.

EL HELENISMO EN LA EDUCACIÓN MODERNA

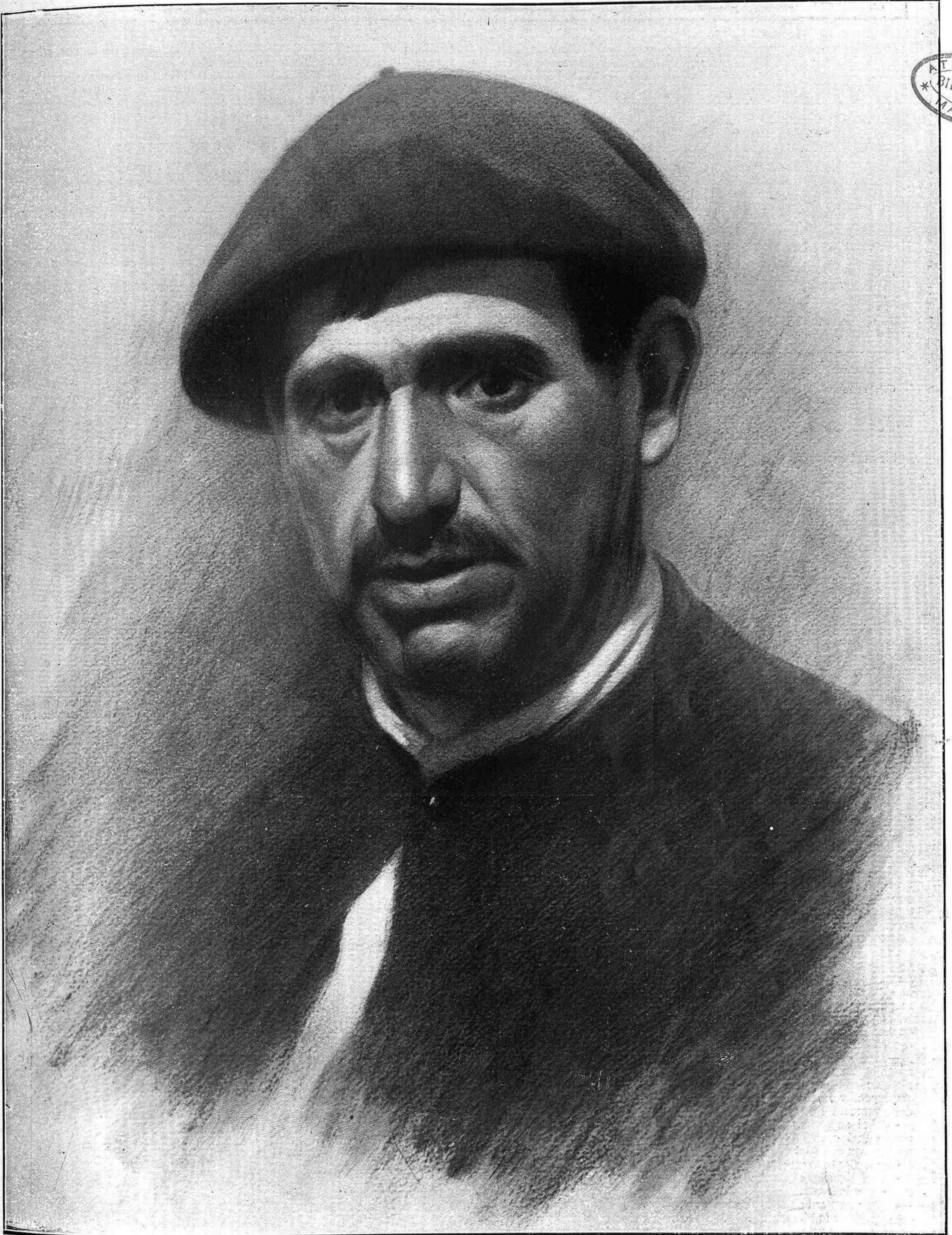


El cultivo de la gimnasia rítmica se generaliza en los países anglo-sajones, y con él la práctica de usar la vestimenta griega. Recientemente se ha verificado en un famoso colegio de Londres una interesante fiesta gimnástica griega, en la que las alumnas compusieron varios cuadros plásticos (como el que representa á Venus y las Tres Gracias) y desfilaron ataviadas con el traje griego clásico

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID



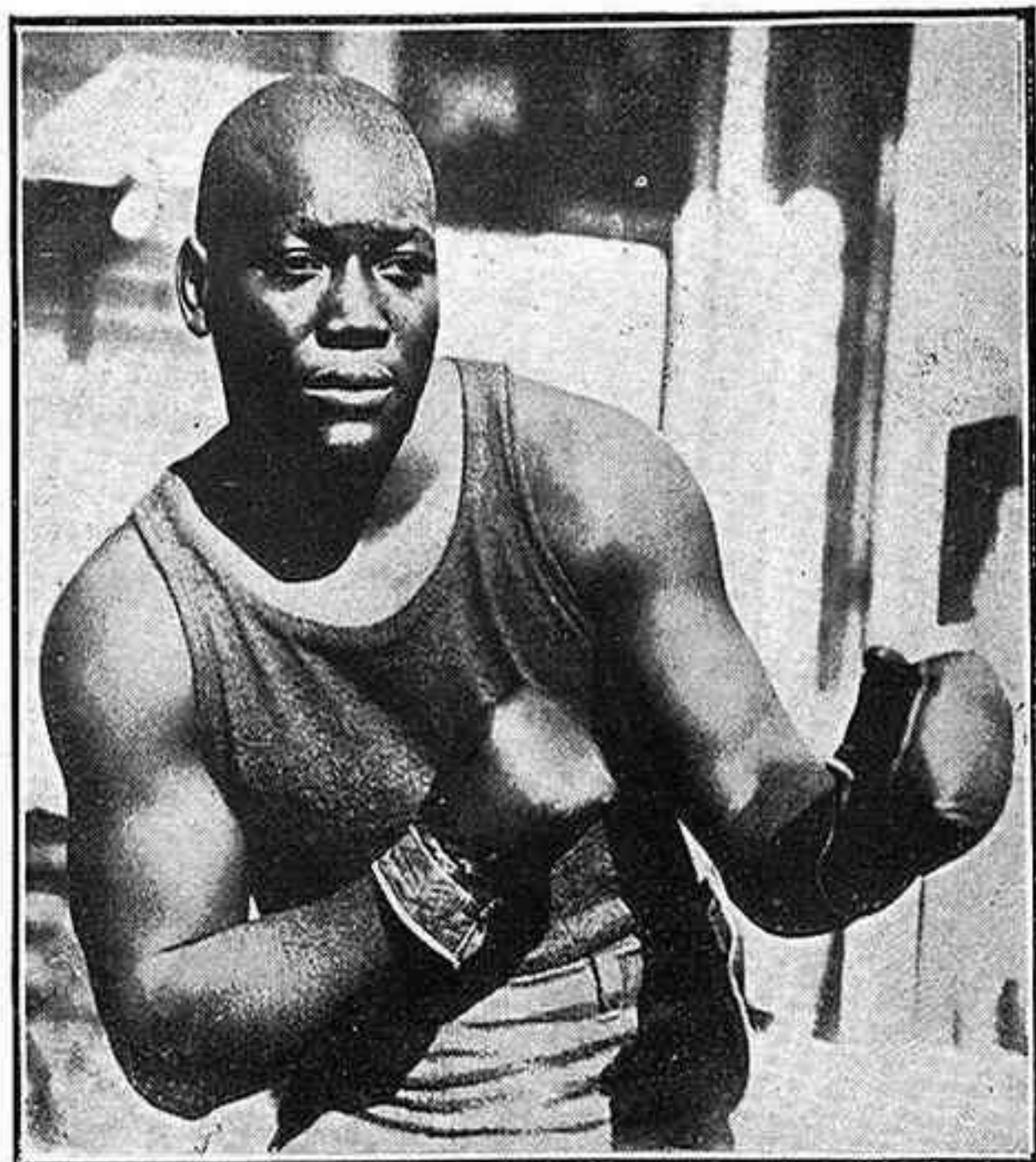
TIPO DE CAMPESINO CASTELLANO

Dibujo de Olivera

Nuestra página artística ornase hoy con una bella producción. Es un admirable retrato al pastel, obra del más sobresaliente pensionado por el Consejo Provincial de la Habana, D. Eugenio G. Olivera. Primero en España, con Cecilio Plá, y más tarde en Roma, perfeccionó sus estudios, ha-

llándose hoy plenamente formada su personalidad, digna, sin duda, de los resplandores de la nombradía. En esa cabeza de rústico, sorprendente por la seguridad y el vigor del trazo, está estereotipada la vieja alma castellana de los tercios y de las aventuras allende el Océano.

DE NORTE A SUR



JACK JOHNSON
Célebre boxeador, que ha vencido á Frank Moran, el campeón americano

Una anécdota de boxeo

Llega el momento de disputarse á puñetazos, ó rodando por la alfombra del *ring*, los campeonatos mundiales.

Jack Johnson, el formidable pugilista negro, acaba de vencer á Frank Moran, el campeón americano. Pero la actualidad del boxeo no se detiene aquí.

Estos tres individuos de la fotografía son Ritchie, el campeón de boxeo del mundo; Welsh, el campeón de Inglaterra, y el empresario que les ha contratado para que luchen ambos en el Olympia de Londres. No entraremos en detalles de si en ese grupo el único rostro inteligente es el del empresario. Estas consideraciones no son nuevas. Ya nos las han sugerido semejantes fotografías en las que aparecen los toreros célebres retratados, como estos boxeadores, en el momento de firmar sus contratos. Y también cuando aparece acostado el torero y en torno de la cama sus vanidosos amigos. Sólo que entonces sucede lo contrario: el único rostro inteligente es el del torero.

Yo no sé una palabra de este deporte del pugilato. Me repugna, sencillamente.

Pero da lugar á episodios un poco divertidos como el de Carpentier y Tristan Bernard.

Carpentier, el campeón francés, la antevíspera de su victoria sobre el americano Harry Lewis, se encontró con que pesaba 456 gramos más de los 71 kilogramos 666 gramos que corresponden exactamente á las 158 libras inglesas reglamentarias. Carpentier quedó aterrado. ¿Qué haría para conseguir la necesaria disminución de peso?

Después de pensar varios medios optó por consultar á Tristan Bernard. El regocijado autor de tantas comedias—tantas, que algunas no las ha escrito él; pero las ha firmado—reflexionó un momento y le aconsejó al boxeador que se cortara el pelo. Media hora después el adversario de Lewis volvía con la cabeza completamente rasurada. Había disminuido 11 gramos de peso.

—Algo es algo—dijo Bernard—. Pero todavía no es bastante. ¿Por qué no se corta usted las uñas de las manos y de los pies?

Carpentier obedeció y consiguió perder otros dos gramos. Pero sobran todavía 433.

—¿Y si se sacara usted un par de muelas y unos tres ó cuatro dientes? Seguramente ganaríamos con eso 50 ó 60 gramos.

Carpentier tuvo un gesto trágico.

—¡Ah! Si pudiera quitarme peso de aquí—dijo tocándose la frente.

Tristan Bernard se encogió de hombros.

—No. Sería inútil intentarlo. Ahí no tiene usted absolutamente nada...

Asunto para un cuento

He aquí un romántico asunto para un cuento. A falta de dibujantes que lo ilustraran bien, po-

dría ilustrarse con un retrato de la protagonista y una fotografía del sitio donde evoca anualmente al amor desaparecido.

Hace treinta y cuatro años, en la primavera de 1870, dos novios fueron á pasar la tarde de un domingo al bosque de Williers-le-Bell. Cuando llegó la hora de regresar á París traían las manos llenas de flores, como el corazón de esperanzas, y en los ojos y en los labios brillos y temblores de deseos. Mientras esperaban el tren en la estación de Louvres, á la novia se le ocurrió plantar un esqueje de glicina.

Así lo hicieron. Pasado un año, cuando se casaran, llevaría la novia en su pecho un ramito de flores de esta glicina. Ni por un momento dudaron que había de florecer.

Pero tres meses después empezaron á sonar los cañones de la guerra franco-alemana. El novio hubo de partir en busca de la muerte.

A cada nueva primavera la glicina florecía en la humilde estación de Louvres. Ahora es un robusto tronco, enroscado en torno del último pilar de la derecha y sus ramas casi cubren por completo la techumbre.

Y todos los años la novia de 1870, desciende del tren en Louvres, un domingo vernal de Mayo, y corta un ramo de flores de la glicina plantada por ella, y deja este ramo, como un exvoto, en el monumento erigido en honor de las víctimas de una guerra fatal para Francia.

Esta mujer de la historia romántica tiene ya los cabellos blancos y desde 1870 viste ropa de

mar parte en la próxima fiesta de la flor, como el reverendo Digby.

Porque tan agradable como contemplar un bonito rostro de muchacha, entre encajes y flores, es tener breves momentos en la mano uno de estos piecitos menudos de mujer española.

El Hoplita moderno

No se conforman los hombres contemporáneos en evocar sobre mármoles y bronce las euritmias helénicas. No se dan por contentos con los modernos estadios y con los modernos atletas que practiquen en este siglo de aeroplanos y radiogramas los olímpicos juegos. Van más allá aun: á reconstruir las legendarias hazañas y á realizar los heroicos episodios hundidos bajo siglos.

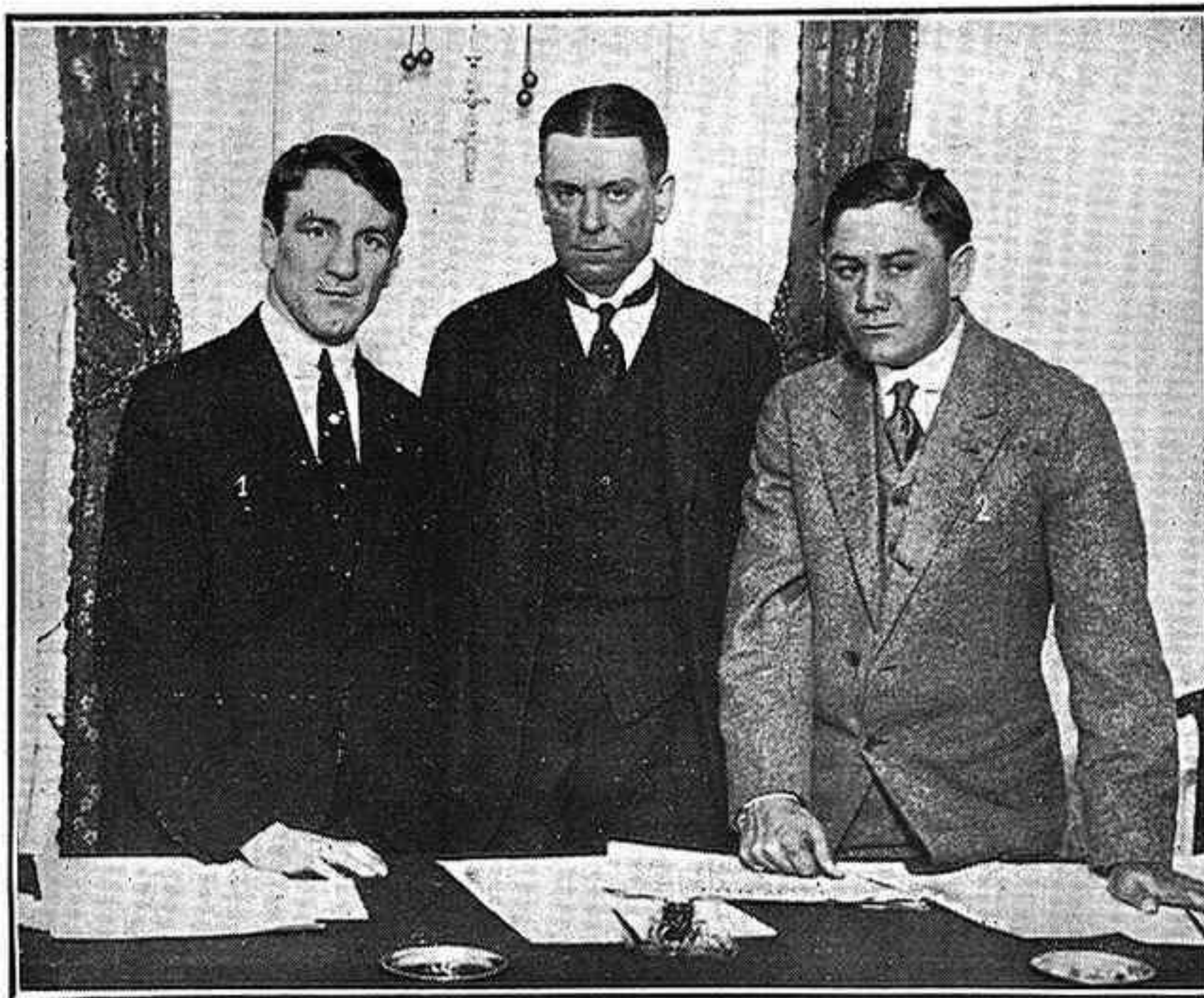
Recientemente un franco-argelino ha realizado en Inglaterra aquella carrera del hoplita ateniense. Un francés, también, el escultor Corlot la inmortalizó en una escultura de clásico ritmo y palpitante vigor titulada *El soldado de Maratón anunciando la victoria*.

El hoplita ateniense atravesó corriendo la distancia entre Maratón y Atenas para anunciar la victoria de Milciades sobre los persas, en aquella famosa batalla «primera en que los griegos osaron hacer frente á los terribles medas cuyo solo nombre ponía espanto en el más aguerrido ánimo» (Herodoto).

El hoplita ateniense apenas pudo pronunciar las palabras necesarias para que Atenas se estremeciese de júbilo. A los pies de los magistrados cayó muerto.

El hoplita franco-argelino—vencedor entre 45 corredores que han tomado parte en esta carrera de Windsor y Stamford Bridge—ha llegado con sus pulmones sanos y sin fatiga, después de atravesar en el mismo tiempo que el soldado de Maratón, el mismo número de kilómetros. No figurará su nombre en las diez columnas del túmulo milcidiano entre los de los 192 héroes atenienses; pero saludaron su llegada los acordes bravíos de la Marsellesa. Se simbolizó con esto el triunfo de Francia en uno de sus hijos. La misma sencillez helénica que prescindía de los individuos gloriosos para nombrar sólo á la patria común. «¿Querría uno sólo arrebatarse para sí la gloria que todos hubieron de ganar?», dice Eurípides en *Andrómaca*.

Pero hay otro símbolo más digno aun de comentarse, en esta reconstrucción de un episodio griego. Es la desviación, sana y renovadora, hacia los ejercicios atléticos. Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos cultivan el músculo y buscan en la salud corporal el desquite de las inquietudes espirituales cada vez más complejas y agotadas. España es incapaz de comprender todavía estas cosas.—J. F.



Ritchie (1), el campeón de boxeo del mundo, y Welsh (2), el campeón de Inglaterra, con el empresario que les ha contratado para que luchen ambos en Londres

luto. En su corazón, donde en otro tiempo cantaran el ruiseñor y la alondra del drama de Shakespeare, ahora anida el fatídico cuervo de Pöe...

Un reverendo, limpia botas

Poco después que nuestra fiesta de mantillas blancas, de mantones de Manila y de flores (de trapo rojo y amarillo) Londres ha presenciado un espectáculo extraño. Seguido de dos jóvenes *boys-scouts*—uno de ellos de una estatura de 1,90 metros, á los diez y seis años de edad—el reverendo Digby iba por las calles limpiando botas á los transeúntes.

¿Por qué hacía esto el reverendo Digby? Por lo mismo que las gentiles madrileñas vendían flores (de trapo rojo y amarillo) ataviadas con chinoscos pañolones y vaporosas mantillas blancas ensangrentadas de claveles. Por caridad.

El reverendo Digby se humillaba de este modo para aumentar la suscripción en favor del Instituto nacional de ciegos.

Como toda buena acción tiene su premio, el reverendo Digby consiguió limpiar más pies menuditos y bien calzados de muchachas, que zapatones ferrados, de hombre. Lo malo es que no podría obedecer la máxima bíblica de que la mano izquierda olvidase lo que hacía la mano derecha.

Sino el cristiano ejemplo de humanidad, por lo menos el premio concedido á ese ejemplo, es fácil que decida á los hombres españoles á to-



El reverendo Digby, convertido en limpiabotas, á beneficio del Instituto Nacional de Ciegos, de Londres

LA ESFERA

LOS PINTORES CONTEMPORÁNEOS



RETRATO, por Anselmo Miguel Nieto

ATENE
BIBLIOTE
19

LA FAMILIA DE CARLOS IV



"La familia de Carlos IV", cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid

EN el año 1776, Goya, como otros artistas, fué empleado por Mengs en la Casa Real para ejecutar los ejemplares de los tapices que habían de tejerse en la fábrica de Santa Bárbara. Estos trabajos eran pagados mediante tasación que de ellos se hacía, pero sin sueldo fijo. Este lo obtuvo de 15.000 reales en 1786. En 31 de Octubre de 1799 se le otorga el título de primer pintor de Cámara, con 50.000 reales y coche. En agradecimiento de tal distinción y para demostrar su pericia en el nuevo cargo, traza su célebre lienzo *La familia de Carlos IV*.

Este cuadro fué pintado en Aranjuez, en el mes de Mayo de 1800 y lo certifica la cuenta de Goya, conservada en el archivo de Palacio y citada por el conde de la Viñaza, de 13 de Junio siguiente. Ascende á la cantidad de 10.634 reales, importe de los lienzos y colores empleados en los bocetos y cuadro, manutención y viajes originados por su causa, á los que tenía derecho á ser indemnizado además del sueldo.

Hizo estudio separados de la mayoría de las cabezas, unas cuantas, existentes en la actualidad en el Museo del Prado, otras, que estuvieran en el Palacio de San Telmo de Sevilla, y alguna, como el del hijo de los príncipes de Parma, que se vendió en París, en 1873. De las dos que no se conocen estudios, es de los llamados retratos de María Antonia de Nápoles, por mera esposa de Fernando VII, entonces Príncipe de Asturias, y de la infanta Carlota Joaquina, princesa del Brasil.

Tanto D. Pedro de Madrazo, en el *Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid*, publicado en 1872, como el francés Carlos Iriarte en su obra sobre Goya, de 1867, y la de Araujo, Lafond, Viñaza y otros, están de acuerdo en los personajes representados á excepción de la figura del infante de Portugal, D. Antonio, que según Iriarte, es Juan José, infante de Portugal, la colocada detrás de doña Carlota Joaquina,

na, y esto debido, indudablemente, á ser su mujer y completar así tres matrimonios, conocidos de los hijos de Carlos IV. En esta discrepancia no tiene razón Iriarte, pues, por muchos retratos de diversas edades, es á todos familiar la efigie de D. Antonio Pascual.

Vamos á ocuparnos de la que suponen María Antonia de Nápoles. Sus bodas con el príncipe D. Fernando se ajustaron en 14 de Abril de 1802, se celebraron por poderes á principios de Julio

y se ratificaron el 4 de Octubre, es decir, dos años después de pintado el cuadro.

Podría objetarse en apoyo de tal atribución que dos años antes ya se pensaba en tal enlace y por eso se la hacía figurar; pero aparte de lo impolítico que de no realizarse hubiera resultado, mudanza fácil en época tan agitada, nos dicen los historiadores que la primera vez que se proyectó el matrimonio del príncipe D. Fernando fué á principios de 1801 y la elegida por sus padres y del agrado de Napoleón, entonces primer cónsul, era la hija del Elector de Sajonia, princesa de excelentes prendas y rico patrimonio. La correspondencia diplomática, de Abril á Julio de 1801, entre nuestro embajador en París, Azara, comisionado para las negociaciones; el ministro Cevallos; el príncipe Javier, tío de la futura; el conde de Marcolini y otros, demuestran que el Elector concedió, por fin, la mano de su hija al Príncipe de Asturias y si se dejó en suspenso el adelantado proyecto de casamiento, que como complemento debía comprender el de la infanta María Isabel con el príncipe de Baviera, fué á causa de dificultades nacidas de la situación política de los príncipes de Sajonia con respecto á Bonaparte.

La razón, según D. Modesto Lafuente en su *Historia de España*, de que se concertasen las dobles bodas de D. Fernando y doña María Isabel con sus primos los príncipes de Nápoles doña María Antonia y Francisco Jenaro, respectivamente, fué el temor de que insistiese Napoleón en la idea de repudiar á su esposa Josefina, de quien no había logrado sucesión, y casarse con una Borbón, fijándose en la infanta María Isabel, como parecía ser su intención, por las conversaciones que á modo de sondeo celebró con el príncipe de la Paz su hermano Luciano Bonaparte, entonces embajador en Madrid.

Creo con esto demostrado que no sólo cuando se pintó el cuadro era soltero el príncipe don



Explicación dada hasta ahora de los personajes representados en el cuadro de Goya:

1. Infante D. Carlos M.^a Isidro.—2. Goya.—3. Príncipe de Asturias D. Fernando.—4. Doña María Josefa, hermana mayor de Carlos IV.—5. María Antonia de Nápoles, esposa del Príncipe de Asturias.—6. Infanta D.^a María Isabel.—7. Reina María Luisa, mujer de Carlos IV.—8. Infante D. Francisco de Paula.—9. Carlos IV.—10. Don Antonio Pascual, hermano de Carlos IV.—11. Infanta Carlota Joaquina, casada con el Príncipe del Brasil.—12. Príncipe Luis de Parma, esposo de D.^a María Luisa, hija de Carlos IV.—13 y 14.—Infanta María Luisa con su hijo en brazos.

Variaciones á que se refiere nuestro artículo:

El número 5. Infanta Carlota Joaquina, hija mayor de Carlos IV.—El número 11. Infanta María Amalia, hija segunda de Carlos IV, casada con su tío D. Antonio Pascual.



MARÍA ANTONIA DE NÁPOLES

Esposa del príncipe de Asturias.—Retrato al óleo, de Vicente López, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid



INFANTA DOÑA CARLOTA JOAQUINA

Princesa del Brasil y luego reina de Portugal.—Retrato al óleo, propiedad de doña María Florentin

Fernando, sino que á nadie le había ocurrido la idea de casarle con la que dos años más tarde fué su esposa.

Hay además un detalle, al parecer insignificante, pero de suma importancia tratándose de un cuadro oficial. La retratada ostenta, como las otras figuras de mujer, la banda de damas nobles de María Luisa, condecoración no otorgada á doña María Antonia hasta el 5 de Febrero de 1802, al propio tiempo que á su madre la reina de Nápoles y hermanas mayores; tal vez como preliminar de las negociaciones de su enlace.

Considerada pictóricamente la figura de la supuesta princesa María Antonia, ofrece la particularidad de tener el rostro abocetado y «vuelto hacia atrás, de suerte que sus facciones no se distinguen», dice el conde de la Viñaza, y añade: «Esta singularidad es debida á que no llegó de Nápoles retrato alguno de S. A. para que Goya se hubiese servido de él en su obra.»

Débil argumento tratándose de persona de tal categoría, siendo fáciles y frecuentes las comunicaciones entre ambas Cortes é inmemorial la costumbre de cambiarse retratos al empezar á concertarse enlaces entre príncipes. Lo que hay es que Goya no trató de representarla. Ni es su porte, ni su pelo rubio, que en la del cuadro lo tiene color castaño obscuro. Puede compararse, entre otros retratos, con dos de gran parecido sin duda por la escrupulosidad que poseía en todas sus obras el autor. Me refiero al de busto del Museo del Prado y al de la familia de Carlos IV que se conserva en la Universidad, ambos del notable pintor Vicente López.

¿Quién se ha tratado entonces de figurar en esa persona con la cabeza intencionadamente vuelta para eludir la dificultad del retrato?

Para mí, la infanta doña Carlota Joaquina, hija mayor de Carlos IV y casada en 1785 con el príncipe del Brasil, años más tarde Juan VI de Portugal. Por eso está colocada á la derecha de sus padres y ostenta la banda de María Luisa, de la que estaba en posesión desde la fundación de la Orden.

No encontrándose en España en ese tiempo, mal podía hacer su retrato Goya, á quien tam-

co había de agradar, dada su independencia artística, servirse de pinturas de otro artista.

Debía conocerla, pues siendo ya pintor de Cámara, hizo la infanta algunos viajes á España, uno á Badajoz en Enero de 1796, lo cual bastaba para que con otro modelo, tal vez su hermana María Luisa, trazase la figura.

Por los grabados que se conservan de ella en la Biblioteca Nacional puede apreciarse que, en el físico, era de las hijas la más parecida á su madre, llegando en uno de su edad madura á dardarse á quién de las dos tomaron por original.

Reproducimos un retrato al óleo, en extremo interesante, por ser el único que conocemos de



INFANTA MARÍA AMALIA
Miniatura (Palacio Real)

esta princesa. Debió pintarse de 1820 á 23, cuando tenía unos cuarenta y cinco años y por su factura parece obra de Luis de la Cruz y Ríos, á quien en 1816 se concedieron honores de pintor de Cámara por sus retratos de la familia Real.

Suponiendo es doña Carlota Joaquina la representada en el cuadro con la cabeza vuelta hacia atrás, queda otra duda por aclarar: ¿de quién es la cabeza de perfil que todos designan como de esta princesa?

Sin género de duda la de la infanta María Amalia, hija segunda de los reyes, nacida en Enero de 1779 y casada en 1795 con su tío carnal D. Antonio Pascual, por cuya razón la pusieron á su lado. Esta infanta murió de sobrepeso en Madrid el 27 de Julio de 1798 y tal vez por no figurar en la Guía desde el año siguiente, no se han acordado de ella al indagar en esa fuente quién componía la familia Real en 1800.

Su breve vida, sin dejar sucesión, no dió motivo para imprimir huella de su paso en la Historia, pero sí para sentirse un vacío entre los suyos. Es natural que, siguiendo éstos la costumbre de la época, de representar en los cuadros de familia á las personas fallecidas que la componían, quisiesen poner á la que, veintiún meses antes, se contaba entre ellos.

En apoyo de mi aserción no conozco ningún retrato al óleo de esta infanta, pero existe una miniatura pequeña en Palacio con iguales facciones de la del cuadro. Por su tocado y edad, así como el de sus hermanas y hermano, retratados por el mismo procedimiento y con los que forma serie, parece ser de 1797 á 98. Goya la conocía perfectamente, y quién sabe de qué estudio ó apunte se valdría para la cabeza, la más vacilante y poco afortunada de todas.

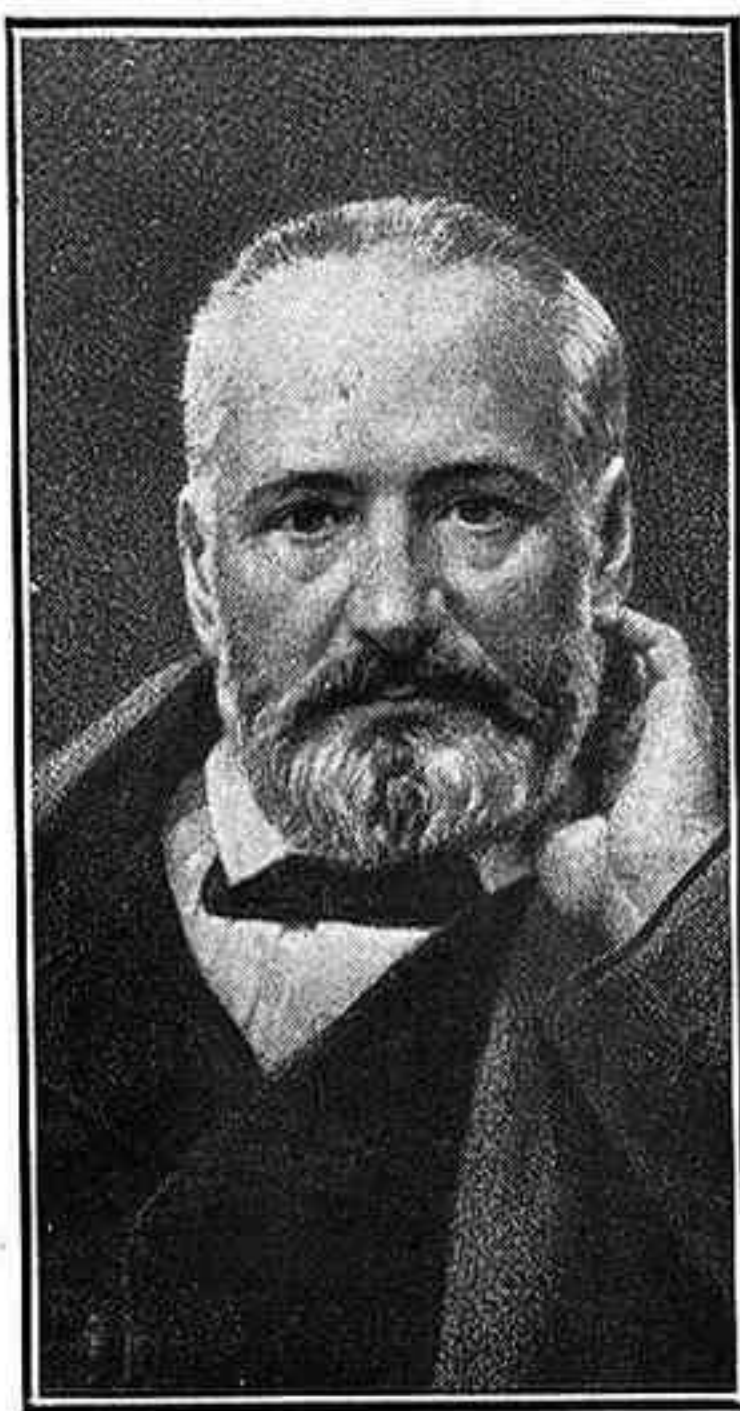
La casualidad, en este caso, al tratar de identificar una miniatura de la princesa María Antonia de Nápoles comparándola con el cuadro del insigne aragonés, me hizo fijar en todas sus anomalías y perseguir su iconografía.

Mucho celebraría que los datos expuestos sirvieran para rectificar esas dos atribuciones, en mi modesta opinión erróneas.

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO

CRÓNICA

LOS AMORES DE VICTOR HUGO CON JULIETA DRONET



VICTOR HUGO

nos áspero y más halagador, menos decepcionante y más entretenido, menos amargo y más lleno de plenitud... ¡Ah! Pero entonces no seríamos españoles de condición, y si no gritásemos por las calles á voces nuestro desengaño ó nuestra cólera, habríamos perdido nuestra epidermis peninsular...

En Francia lo entienden mejor. ¿Quién puso en solfa á poeta tan delicado y sutil como Musset, por haber sido sustituido por el vulgarísimo y cargante Doctor Pagello, y abandonado en plena Venecia al desdén y al olvido, á pesar de las frases explicativas de la cínica y cruel Aurora Dupin—mujer al fin, bastante más que artista:—«Yo le amaba al Doctor como á un padre y tú eras el hijo de nosotros dos?..» Hubiérale acaecido tal desventura amorosa á un poeta de España con notoriedad y fama y hubieran sido de oír las chanzonetas llovidas sobre él!...

Tartufo, que ha nacido en Francia, por una irrisoria fantasía del comediógrafo, debió nacer en España. ¿Qué no habría de decirse y clamarse aquí si se publicasen, como se publican en Francia, las cartas íntimas de todos los amantes célebres?...

Precisamente ahora están publicándose las cartas de amor que atestiguan la *liaison* del gran poeta Victor Hugo, con la mediocre actriz y hermosa mujer Juliette Drouet. La conoció el autor de *Marion Delorme* en 1833, año en que ella ejercía sus funciones de actriz en dos teatros á la vez, de los cuales era empresario Félix Harel; el Odeon y la Porte Saint-Martin.

Como siempre, el deslumbrado, el fascinado, el sugestionado fué el hombre. Y el ingenuo, el noble, el confiado fué el hombre. Victor Hugo que la había conocido en un baile de artistas, se enamoró como un colegial. Y le escribió unos versos harto mediocres, como ella merecía:

«*Tu ne l'avais pas vue encore: ce fut un soir, á l'heure où dans le ciel les astres se font voir, qu'elle apparut soudain á tes yeux fraîche et [belle.]*»

Aunque la había conocido en ese baile, donde la cultivó y definitivamente se prendó de ella fué en la Porte Saint-Martin, entre bastidores, con motivo de los ensayos de *Lucrecia Borgia*. Le confió el papel secundario de la princesa Negroni y como tuviese cierto recelo de que se sintiera herida por la insignificancia del papel, para aplacar estos celos, ella le escribió en 5 de Enero de 1833, este suave billete: «Aunque yo esté contratada, señor, en otro teatro para no desempeñar más que los primeros papeles, desempeñaré con gusto la Princesa Negroni en *Lucrecia Borgia*. No hay papeles pequeños en una pieza de Victor Hugo.—*Julietta.*»

Hugo era tímido y desconfiado con las mujeres, más aun con las comediantas—si es que se me tolera el pleonasma...—No amaba á las mujeres del teatro. *Ce qui salit le poète*—dice una carta á su amigo Victor Pavie—*ce sont leurs tracasseries.* (*Correspondance*, 25 de Febrero 1831). Recordaba además las mofas y chanzonetas (*guasitas*, diríamos por acá) de que fué obje-

to, por parte de Mlle. Mors, durante los ensayos de *Hernani* en el Teatro Francés, y el austero pudor que le inspiraran los desnudos hombros de Annete Duvernois en una cena de artistas...

Victor Hugo no era ciertamente un Brummel, un Dandy, un *homme bien*, como diríamos hoy. Alfonso Karr nos cuenta (en *Le livre de bord*, I, pág. 221) que su aspecto era el de un burgués deseoso de ponerse á tono algunas veces. *mais dont la fashion ne voulait pas...* ó se apagaba en un *pianissimo morendo*...

Era la voz del poeta, la voz que tienen algunos hombres—muy pocos—que llevan en ella el sello y el prestigio, la voz que fascina, la voz que arrulla, la voz que enamora... La voz hecha para recitar poesías y para pronunciar discursos sutiles, la voz hecha para las horas íntimas, voz de terciopelo, voz de arrullo, voz de caricia...

Julietta Drouet se enamoró del poeta Teófilo Gautier en *Les Belles*. Pero era el poeta, el magno poeta, al que se podía aplicar el apóstrofe dirigido por él á Napoleón: *Toujours lui, toujours lui!*... el poeta que llenaba un ciclo de la poesía francesa... A los hombres ásperos les enfadaba ese continuo hablar de sí mismo y ese enorgullecimiento egotista del genio. Pero les encantaba á las mujeres su voz de oro, su voz divina, que contaba proyectos, profecías, sueños, su voz que se desgarraba en trémolos larguísimos. *Femmes de Paris* (t. I, pág. 48), nos la ha descrito maravillosamente. «La cabeza de la señorita Julietta es de una belleza regular y delicada; la nariz es pura, de un corte nítido y bien perfilado; los ojos son diamantinos y límpidos; la boca de un encarnado húmedo y vivaz, sigue siendo muy pequeña, aun en los estallidos de la más loca alegría... Todos estos rasgos encantadores están rodeados de un óvalo del contorno más suave y más armonioso; una frente clara y serena, como el frontón de mármol blanco de un templo griego, corona luminosamente esta deliciosa figura; cabellos negros, abundantes, de un reflejo admirable, hacen resaltar maravillosamente su brillo diáfano y lustrado...»

Esta mujer encantadora, de aire ingenuo, sobre la cual escribió Alfonso Karr, su novela—detestable novela—*Une heure trop tard*, llevaba en el alma cierta melancolía hecha para seducir á un poeta... Sus diez y seis años apasionados buscaban con ansia al elegido de su corazón. Tenía diversos amantes pero no encontraba su ideal... Victor Hugo la trató con respeto. El gran actor Frederic Lemaître no salía de su asombro, viendo al gran poeta inclinarse ceremoniosamente ante ella, no tutearla como se acostumbra en el teatro, sino llamarla con respeto *Mlle. Juliette*...

Tan exquisita cortesía, de tan encumbrado caballero, sedujo á la actriz. Se gana siempre á las mujeres por la gentil hombría, por la urbanidad, por el decoro. Un resto de adoración por el caballero andante, queda en ellas, aun en las más prácticas, en las más positivistas, en las más zarandeadas por la vida. Todavía se sienten á ratos, en este siglo de horrible grosería, damas medioevales á la ventana del castillo escuchando al trovador galano y gentil...

Victor Hugo llegó á ser la pasión única y avasalladora de Julietta Drouet, una de esas pasiones que abrazan una vida... ¿Quiénes habían sido sus amantes? No se sabe. Por entonces se le atribuían varios: Alfonso Karr, un charlatán, escritor de novelas prolijas, difusas, á ratos encantadoras y á ratos cargantes, á ratos deliciosas y á ratos prolijas, con su perpetua y pretenciosa cota de terciopelo negro; un príncipe ruso (¡cosa más seria!) que, según se decía, venía á ofrecer á Julietta un *trousseau* maravilloso, imitado del equipo de novia que había llevado la duquesa de Berry, y que, al parecer, estaba dispuesto á instalarla en un gabinete elegantísimo de la rue de l'Echiquier... ¿Qué haría al poeta frente al adinerado prócer?...

Venció el poeta, como vence siempre—á la corta ó la larga—la inteligencia... El se enamoró también, como sólo saben y pueden enamorarse los poetas, los eternos niños, los ciegos niños adorables... ¡Qué párrafos palpitantes de vida escribe en sus cartas íntimas Victor Hugo! (La mujer que guarde cartas de un gran poeta puede decir que guarda su mejor obra... Los poetas nada escriben tan intensamente como las

cartas de amor). Hay una especialmente, evocando el comienzo de su amor, que es divina...

«¿Te acuerdas, mi bien amada, de nuestra primera noche?... Era una noche de Carnaval, la noche del martes *gras* de 1833. Se daba en no sé qué teatro, no sé qué baile, al que debíamos ir los dos... Nada, ni siquiera la muerte, borraría en mí ese recuerdo; estoy seguro... Todas las horas de aquella noche atraviesan mi pensamiento en este instante, una después de otra, como estrellas que pasan ante los ojos de mi alma... Sí; tú debías ir al baile y no fuiste y me esperaste... ¡Pobre ángel, cuánta belleza tienes y cuánto amor!... Tu alcoba estaba llena de un adorable silencio. Fuera ofamos á París reír y cantar y á las máscaras pasar con grandes gritos. En medio de la fiesta general hemos apartado y ocultado en la sombra nuestra dulce fiesta. París tenía la falsa embriaguez; nosotros, la verdadera...»

Ella, por su parte, no se queda corta ni en romanticismo ni en fogosidad, escribiendo. Le escribe en todas partes: en su alcoba, en casa de una amiga, en su palco del teatro, en el primer café donde entra... Sus cartas la revelan como mujer apasionada, vehemente, buena. Era de las ingenuas, de las palpitantes, de las que se entregan todas... La forma literaria de las cartas le preocupa poco, aunque escribe á un gran poeta. ¿Un corazón enamorado se preocupa de la sintaxis?

Las cartas son trémulas, cortadas, febriles. «Yo te amo, te admiro, te adoro... y así sucesivamente; mi corazón no tiene otra faceta...» (1833). «Desde que me has abandonado, tengo la muerte en el corazón. Si vas al baile esta noche, es que aceptas una ruptura definitiva entre tú y yo... Sufro del pensamiento de que vas á encontrarte en medio de mujeres encantadoras y felices. No puedes hacerlo sin ser culpable hacia mí... Respóndeme á casa de Mme. X...; si es que no me contestas antes de media noche, comprenderé que te importo muy poco... y que todo ha concluido para siempre» (1833). «No seas melancólico, déjate querer y ser feliz; no temas nada de mí, no dudes de mi amor y seremos felices. Tu, *Jujú*...» (1833). «Mi Víctor: No me atrevo á decirte nada; adivíname y haz de mí lo que quieras... Te amo... El recuerdo del pasado y el temor del porvenir me impiden decírtelo como en otro tiempo... Olvida el pasado, preocúpate del porvenir y tendré derecho á decirte: te amo... como lo siento...» (1.º de Enero de 1834, dos de la madrugada). «Yo pienso en tí, me ocupo de tí, te amo, no tengo palabras bastante tiernas, bastante expresivas para decirte cuán reconocida estoy á la estimación que me tienes y me profesas ante tus amigos más dignos y más inteligentes... Mi querido bien amado, ahora me has dignificado; el pasado es imposible; no pienso ya en ser una pobre muchacha; seré tu honrada y adorada mujer.» (1834). «Sí, nos amamos, sí; permaneceremos juntos hasta nuestro último suspiro, sí; tú me ayudarás y harás de mí una mujer al abrigo de la miseria y de la prostitución...; sí, tú me harás lo que yo era antes de mi caída: una mujer honrada y, además, una buena madre; tengo confianza, espero y te amo...» (1834).

Y yo pienso en que á Victor Hugo, más que los elogios de los críticos y los laureles de la fama, le deleitarían estas palabras, sencillas y apasionadas, de una mujer algo vulgar... de una mujer algo vulgar que amaba tan plenamente como sólo saben amar las mujeres vulgares...

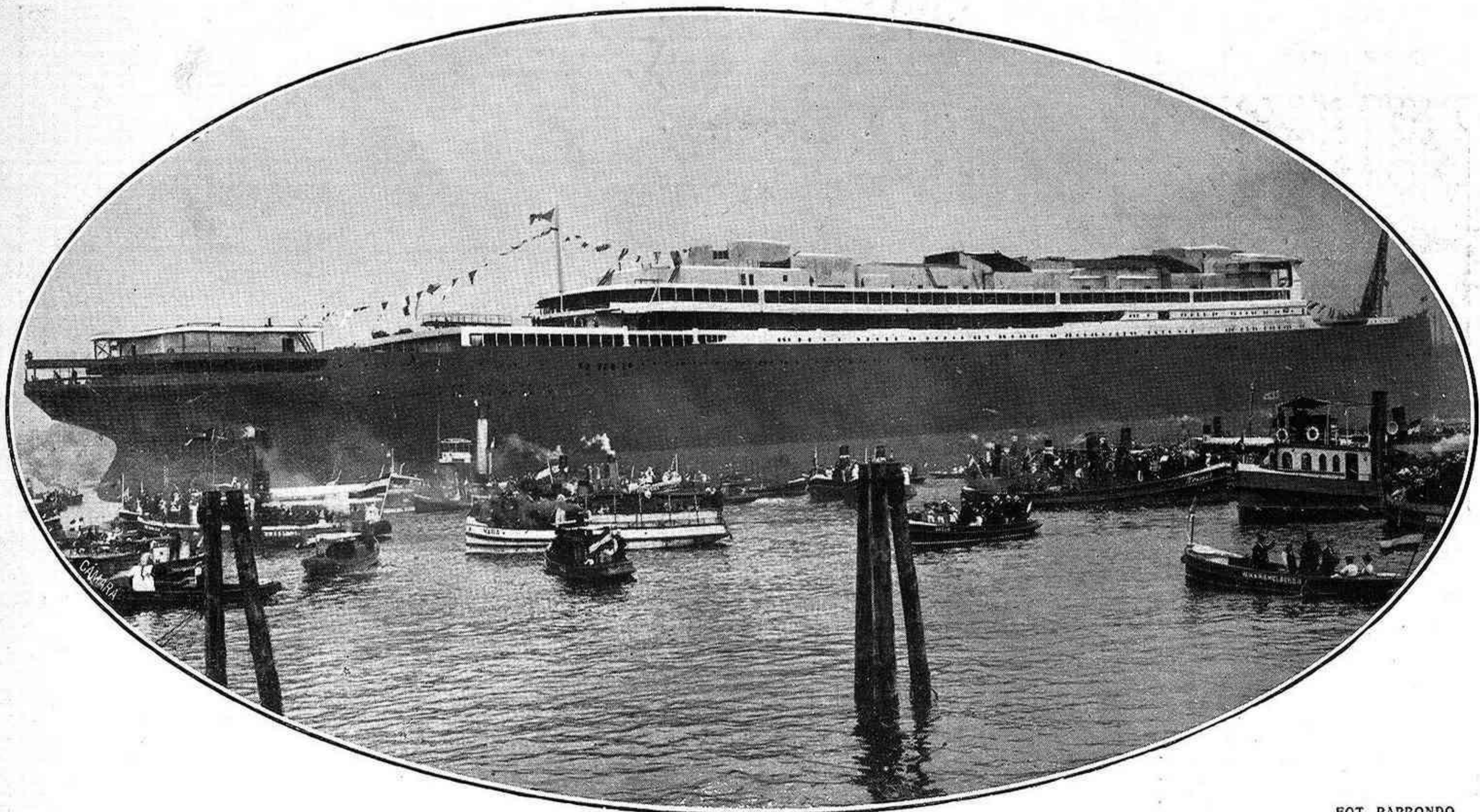
De esta mujer tan buena, tan noble, tan abnegada, que gritaba en supremo raptó lírico, más lírico quizá que muchas efusiones retóricas de su adorado tormento... «Sábado, á medio día, 2 de Agosto de 1834.—A Víctor: Adiós para siempre. Adiós para siempre... Eres tú quien lo ha dicho; adiós, pues, y ojalá seas feliz y admirado tanto como yo soy desdichada y decaída... *Adiós*; esa palabra contiene toda mi vida, toda mi alegría, toda mi felicidad. Adiós.»

¿Qué valen, al lado de estas frases rápidas, punzantes, sangrientas, todas las vanas palabras de los libros?... ¿Qué vale la pompa retórica de las odas, ni el encanto elegiaco de las baladas de Victor Hugo?...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



BOTADURA DE UN TRASATLÁNTICO ALEMÁN

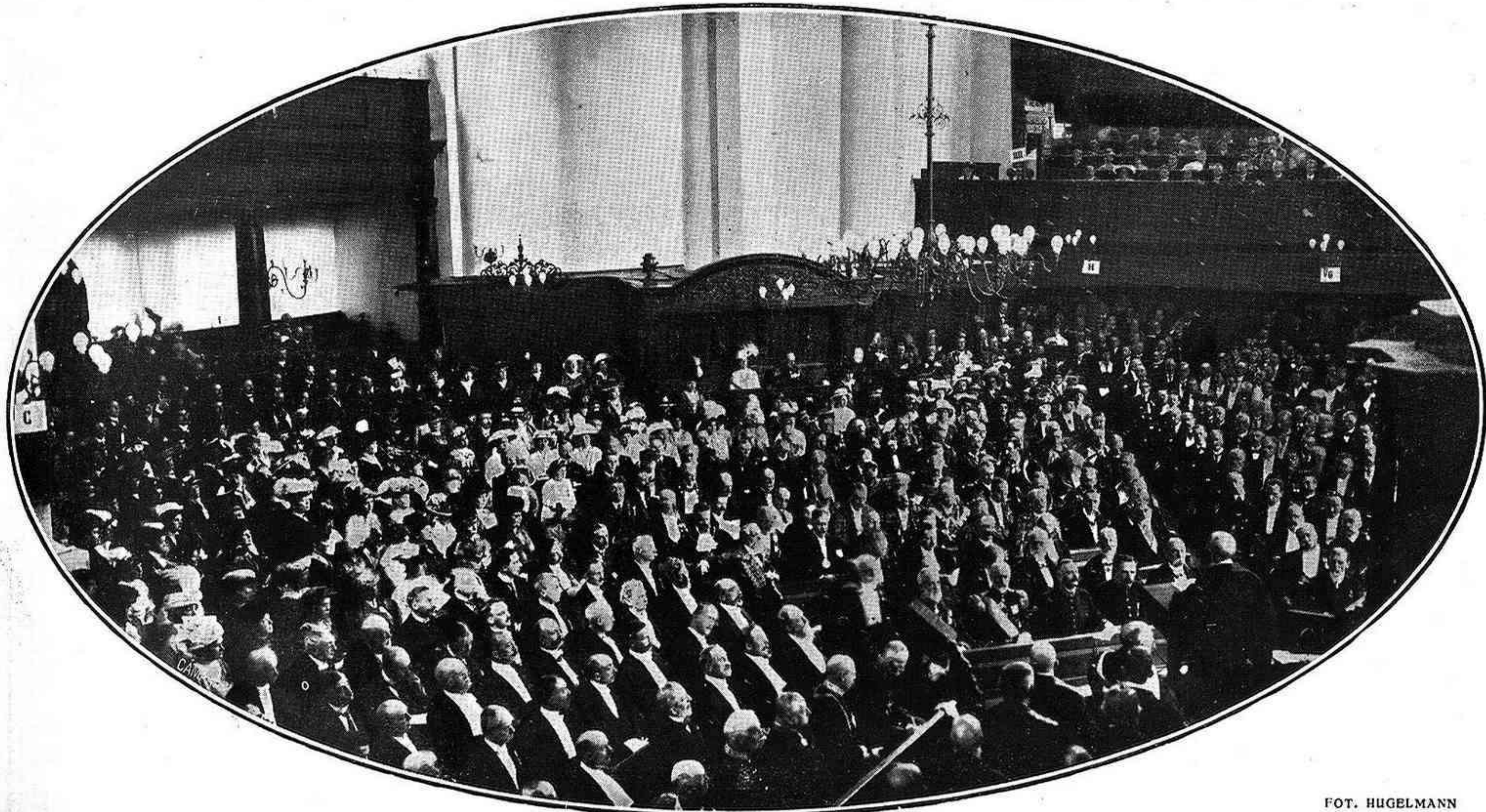


FOT. PARRONDO

La rivalidad industrial germano-británica que en materia naval se traduce en la construcción de trasatlánticos de proporciones gigantescas, ha dado por consecuencia estos últimos años tipos de barcos como el formidable *Aquitania*, inglés, y el *Imperator* y *Vaterland*, alemanes, de más de cincuenta mil toneladas. Ahora, y no satisfechos aún

los navieros germánicos, acaban de botar otro coloso del Océano. Es el *Bismarck*, de la misma serie de sus dos antecesores, pero aventaja en algunos miles de toneladas al *Vaterland*, de cuyas dimensiones habrán podido darse idea nuestros lectores, contemplando las fotografías publicadas en uno de nuestros números anteriores.

HOMENAJE Á LA REINA DE HOLANDA

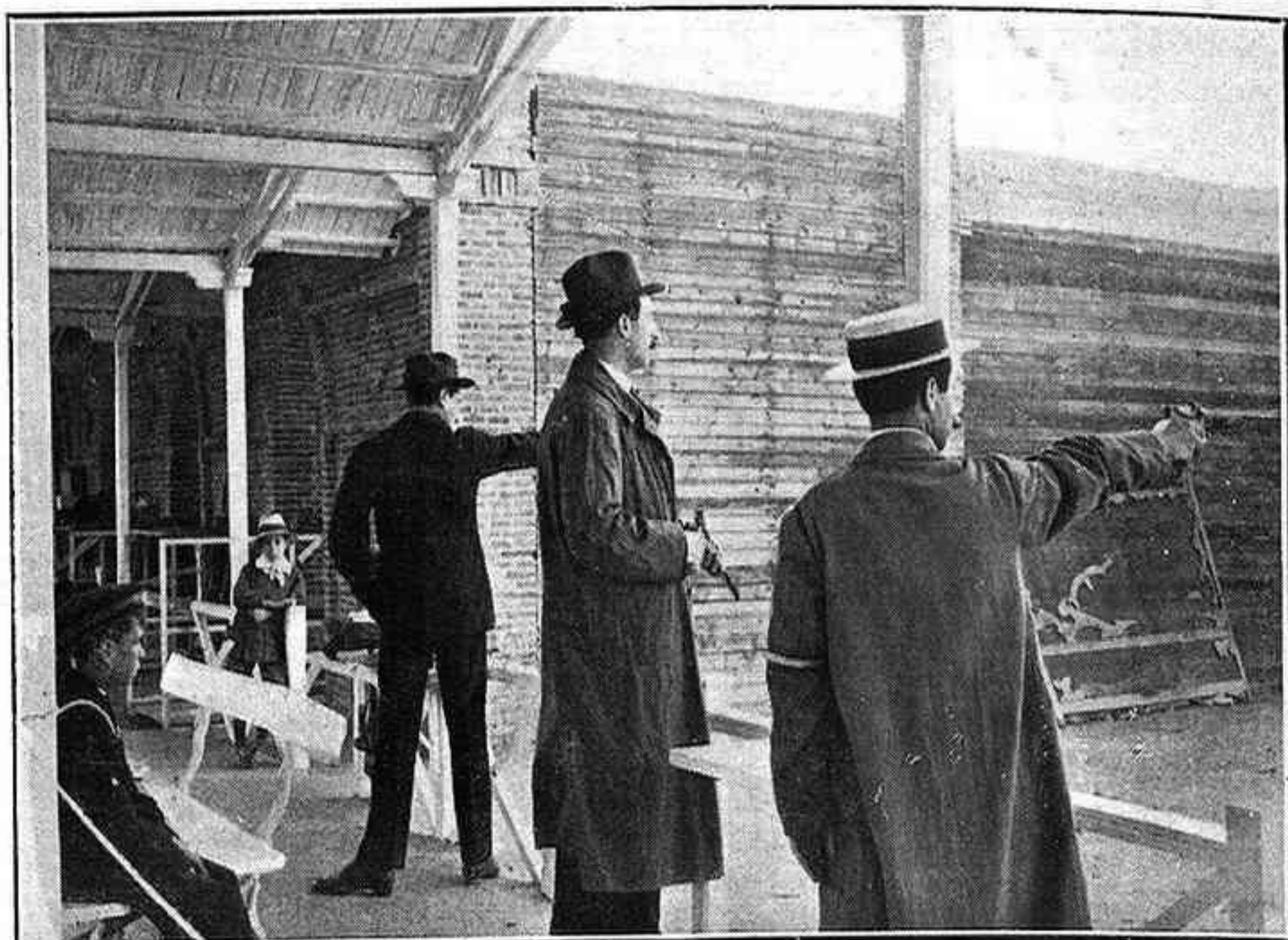


FOT. HUGELMANN

La Reina Guillermina de los Países Bajos acaba de recibir el título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Gröninga, durante las fiestas con que dicha Universidad ha celebrado el tercer centenario de su fundación. Honor preciadísimo, en los Países Bajos, es este que se ha conferido á la bella Soberana, cuya cultura es proverbial. La solem-

ne ceremonia atrajo toda la intelectualidad holandesa, más un numeroso contingente de sabios alemanes, noruegos, dinamarqueses y suecos. La imposición de las insignias tuvo efecto en la Catedral de Gröninga. Nuestra fotografía muestra á la Reina Guillermina y á su esposo el Príncipe Enrique. Delante del *podium* se hallan los ministros holandeses.

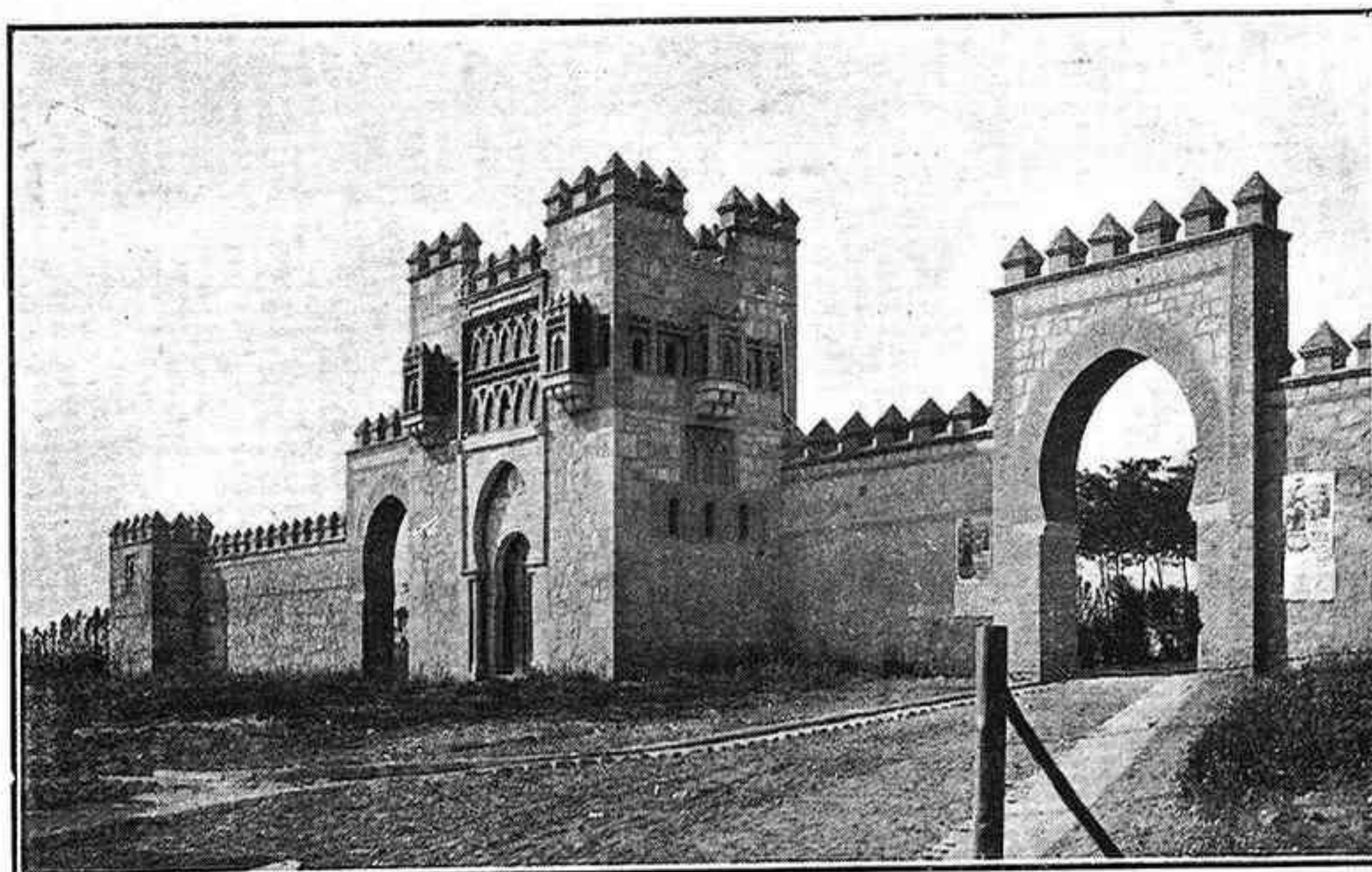
CRÓNICA DEPORTIVA



Detalles de las tiradas efectuadas en el Tiro Nacional, de Madrid, con motivo de los campeonatos celebrados recientemente

CON motivo del reparto de premios á los vencedores del concurso recientemente celebrado en Madrid, la Representación del Tiro Nacional obsequió, el domingo último, con un banquete en La Huerta, al presidente y secretario, respectivamente, de dicho organismo, señores duque de Tovar y D. Antonio Micó. Ocupaban la presidencia, en unión de los agasajados, el general Luque y D. Pio Suárez Inclán, y los demás puestos distinguidas personalidades del Ejército. Resultó una fiesta animadísima y en extremo simpática, terminada con entusiastas vítores á España y al Rey.

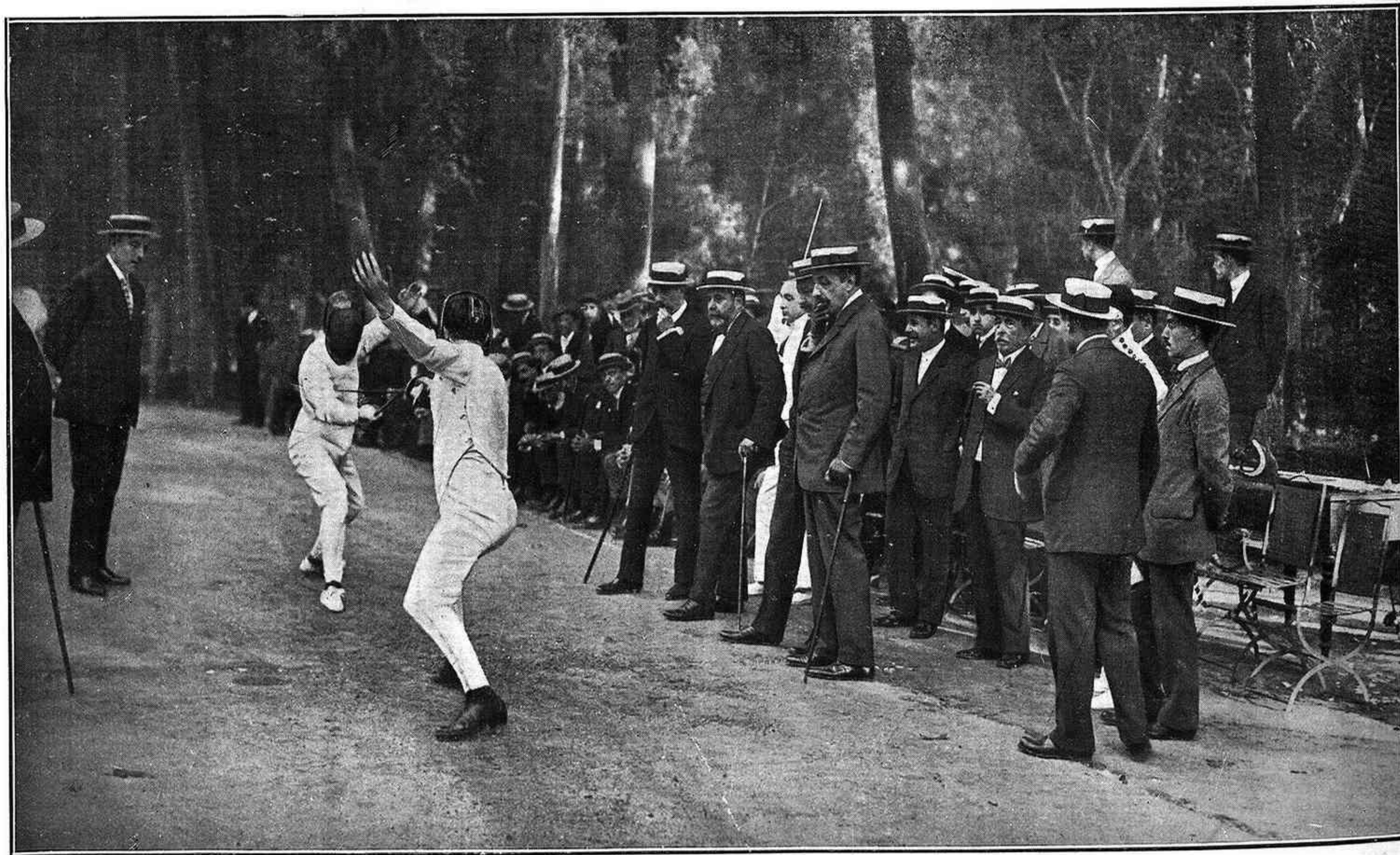
En la semana pasada ha venido efectuándose en el Palacio de Cristal, del Retiro, el Campeonato Nacional de Espada, para disputarse las magníficas copas regaladas por el marqués de Por-



Nueva puerta del campo que posee en la Moncloa, de Madrid, el Tiro Nacional
FOT. BON'LLA

tago y por *La Tribuna*. El interés de la fiesta, primera de este género celebrada en Madrid, y en la que participaban cinco salas españolas acreditadísimas, llevó á presenciar las sesiones numeroso público. Todos los tiradores inscriptos demostraron excelente juego y un completo dominio del arte de la esgrima, oyendo entusiásticos aplausos.

Las salas de la Sociedad Madrileña de Esgrima, que preside el Sr. Fernández Aranda, y la de Carbonell, quedaron á la altura de su reputación, hallándose representadas por sus dos mejores tiradores, señores La Torre y Martínez, quienes con los primores de sus juegos lograron mantener constantemente viva la atención del público. El Sr. Fariña, campeón notable de la sala Calvet, de La Coruña, demostró ser un tirador formidable.



Un asalto durante el campeonato nacional de espada, que se ha celebrado recientemente en el Retiro, de Madrid

FOT. SALAZAR

Baronnie

EL MÁS
DELICIOSO PERFUME
DE MODA

GELLÉ FRÈRES
PARIS



:-: Maravillosa aplicación del Cinematógrafo :-:

Hasta hoy, la importancia del coste de toda instalación cinematográfica limitaba á los espectáculos públicos la aplicación del maravilloso invento que tanto ha influido en las costumbres modernas. Requería, en primer lugar, la construcción de un local *ad hoc*, no siempre en las condiciones de seguridad é higiene que deben apetecerse; exigía, además, personal adiestrado en el manejo de aparatos y películas y llevaba consigo una cantidad, no pequeña, de inconvenientes que, con toda certeza, no escaparán á la consideración del lector. Hoy, con el aparato "Kok", afortunadísimo resultado de los asiduos trabajos de la Casa Pathé Frères, se rasuelven de plano y uno por uno cuantos inconvenientes pueda tener el cinematógrafo conocido.

Su ingeniosa construcción permite enchufar el aparato á la instalación de una bombilla corriente de alumbrado eléctrico.

La proyección puede hacerse desde cualquier distancia y desde el tamaño de tarjeta postal hasta más de tres metros; es decir, como las



La popularísima artista "La Fornarina", con su aparato de proyección "KOK", nueva y maravillosa creación de la Casa Pathé Frères, utilísimo para la distracción de las familias durante las veladas de verano



Aparato "KOK" para tomar vistas, que, por su sencillez, puede ser manejado por un niño, bastando sólo accionar la manivela

proyecciones habituales de los grandes cinematógrafos. Colocada la película, se hace funcionar un interruptor y el aparato se pone en movimiento sin necesidad de ninguna otra manipulación hasta pasada la película por entero.

Estas sencillas disposiciones permiten que cualquier persona efectúe las proyecciones; un niño, sin ninguna clase de peligros, puede hacer todas las manipulaciones con la propia perfección de un profesional del cinematógrafo.

Las películas son completamente ininflamables é incombustibles; el *stock* de las mismas es inagotable y variadísimo en sus asuntos, y dada la baratura de los abonos y las ingeniosas combinaciones que para el alquiler de las películas tiene establecida la casa, el comprador de un aparato "Kok" tiene siempre á su disposición un repertorio variado y del más alto interés.

La Casa VILASECA Y LEDESMA, Mayor, 18, entresuelos, facilita las instrucciones necesarias :-: Pídanse catálogos



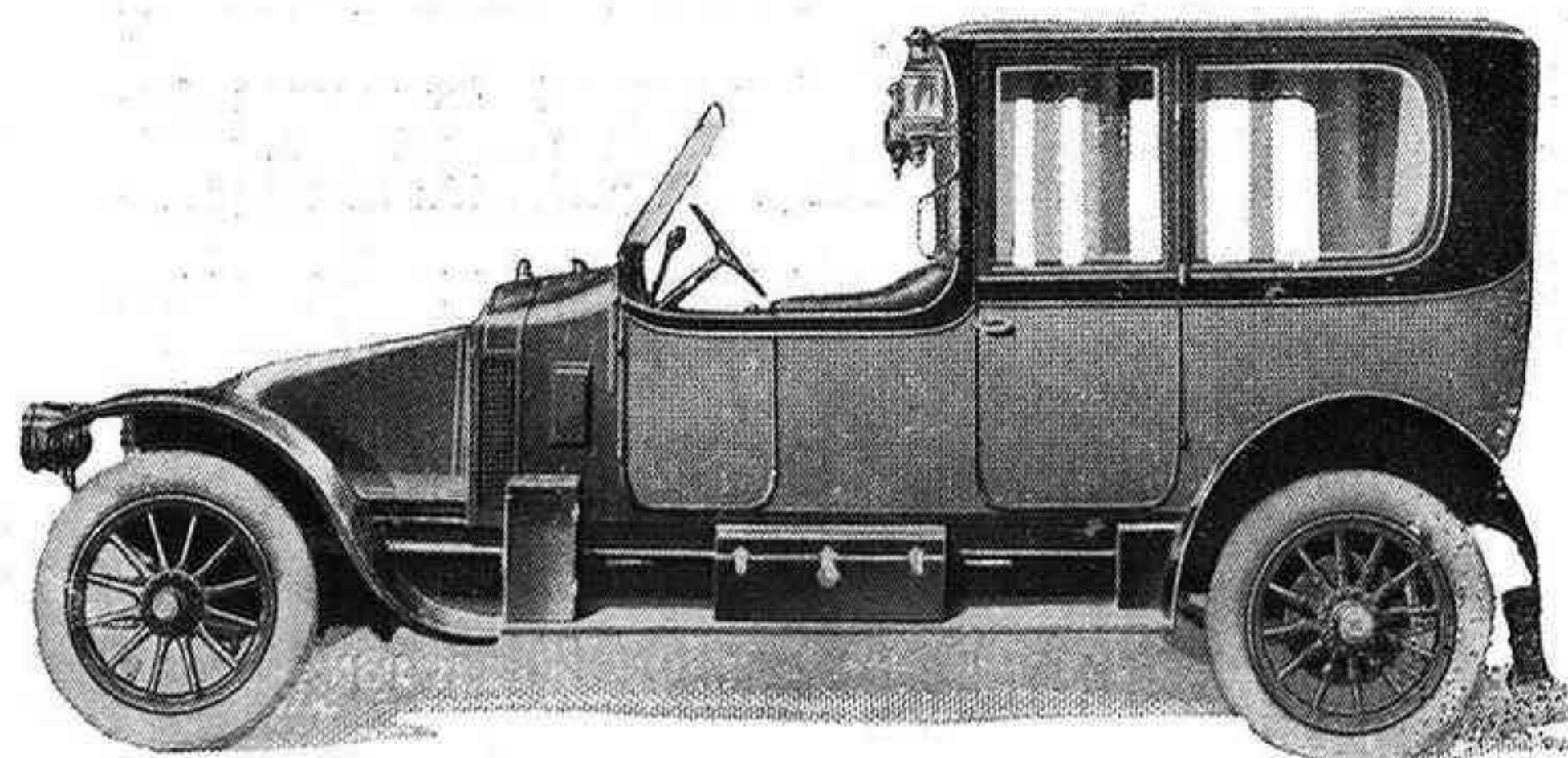


Benz-Luxuswagen

Automóviles Benz
ENRIQUE TRAUMANN

GARAGE Y TALLERES:
GOYA, 67

OFICINAS:
BARQUILLO, 3, DPDO. 1.º



SANTOS HERMANOS

AUTOMÓVILES Y ACCESORIOS PARA LOS MISMOS

Bicicletas **Clement** • Taller de reparaciones

22, Arenal, 22